

M A N U E L M U R G U I A

HISTORIA DE GALICIA

(RESUMEN ESENCIAL)

La publica el Centro Gallego de Buenos Aires, como homenaje
a la memoria de Don Manuel Murguía, en el centenario
del nacimiento del gran polígrafo.



1833 - 17 DE MAYO - 1933

R² 6.805





1833 - 17 de Mayo - 1933

Manuel Mercurio

BIOGRAFIA

Manuel M. Murguía, era oriundo de Frogel, Oseiro (Arteijo, Coruña), nacido el 17 de Mayo de 1833, y murió en La Coruña el 2 de Febrero de 1923. Sus verdaderos nombres y apellidos fueron los de Manuel Antonio Martínez Murguía, aunque él usó casi de continuo únicamente los de Manuel Murguía, sin duda por la mayor eufonía y brevedad.

Educado en La Coruña, e hijo de un farmacéutico establecido en la ciudad herculina, su padre deseaba que cursase la misma carrera, cuyos estudios principió; pero tan poco entusiasmo sentía por ésta, que la abandonó definitivamente, prefiriendo a toda otra ocupación el cultivo de la literatura, hacia la que le llevaba una vocación irresistible.

Comenta Carré Aldao en su "Literatura Gallega", que si este ilustre escritor no hubiera sacrificado todo a su intenso amor por la tierra natal, hubiera sido una de las primeras figuras de la literatura española, pues en la poesía y novela con que inició su vida intelectual, difícilmente tendría quien le igualara por su estilo y brillantez. La mayor parte de sus novelas juveniles fueron traducidos a varios idiomas.

En 1858 contrajo matrimonio con la que después había de ser gloriosa e inmortal poetisa Rosalía de Castro.

En Vigo fué Murguía redactor de "La Oliva" y comenzó a publicar (1862) su notable "Diccionario de Escritores Gallegos", que no llegó a terminar. Ya por entonces acariciaba el propósito de emprender la publicación de la "Historia de Galicia", y puesto de acuerdo para ello con el editor Soto Freire, de Lugo, a esta ciudad trasladó Murguía su residencia. A pesar de la popularidad de que ya gozaba Murguía, y de haberse empezado a publicar dicha obra, por entregas, como medio más asequible para que fuese por todos adquirida, la "Historia de Galicia" no pasó, por entonces, de su tomo segundo, o, lo que es lo mismo, de sus comienzos.

Por un decreto del Gobierno Provisional, del 27 de Noviembre de 1868, ingresó al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, con la categoría de jefe de tercer grado, destinándosele al Archivo General de Simancas. No desperdició allí el tiempo, recogiendo y copiando numerosos documentos que importaban a la historia gallega.

Nombrado en 1870 jefe del Archivo General de Galicia, trasladó

su residencia a La Coruña. Al sobrevenir la restauración fué Murguía víctima de la inestabilidad que padecían los funcionarios públicos, dejando, en su consecuencia, de pertenecer al Cuerpo de Archiveros. Después de unos años de dolorosa inactividad, el editor Alejandro Chao le confió la dirección de "La Ilustración Gallega y Asturiana", que se publicaba en Madrid y fué una de las más notables revistas de su época (1880-83). De entonces data su libro "El Foro" (1882), premiado en público certamen. Al cesar en su publicación "La Ilustración Gallega y Asturiana", dió Murguía a la estampa sus obras más granadas: "El Arte en Santiago en el siglo XVIII" (1884); "Los Precursores" (La Coruña (1886), y, principalmente, su notable libro sobre Galicia, que forma parte de la colección "España, sus monumentos y artes, etc." (1888). Menéndez y Pelayo no desdeñó recoger las enseñanzas de Murguía (a quien dedica los merecidos elogios) en el tomo primero de los "Heterodoxos".

En 1905, al constituirse en La Coruña la Academia Gallega, fué Murguía el designado para presidirla, habiéndolo hecho con notable acierto e indiscutible autoridad hasta la fecha de su muerte.

El patriarca de las letras gallegas, como con justicia era llamado, fué siempre un decidido y ferviente regionalista.

A su fallecimiento era presidente de la Comisión Provincial de Monumentos de La Coruña, Consiliario segundo de la Academia de Bellas Artes, Archivero de la Diputación Provincial de la Capital de Galicia y decano de los Correspondientes de la Academia de la Historia, además de pertenecer a muchas importantes corporaciones culturales españolas y extranjeras.

Su nombre fué siempre reverenciado y su autoridad acatada por toda Galicia, pudiendo así presidir con el general beneplácito, durante más de tres lustros, la Academia Gallega, en la que figuraba lo más ingente e ilustre de la intelectualidad regional: Lamas Carvajal, Pondal, López Ferreiro, Barcia Caballero, Martínez Salazar, Pérez Ballesteros, Sampedro, etc.

HISTORIA DE GALICIA

(RESUMEN ESENCIAL)

PREHISTORIA

LOS CELTAS

Cubierta de tinieblas, como toda remota antigüedad, se presenta a los ojos del historiador el período de nuestra población.

Los iberos y los celtas fueron, según todas las probabilidades, los primeros pobladores de España, tocando a los iberos tierras llanas, y a los celtas las altas, y entre ellas está Galicia, en la cual todavía acampan sus descendientes, como pudieran hacerlo en las antiguas y apartadas comarcas de Aria.

Sin que los geógrafos e historiadores antiguos nos hubiesen señalado la existencia en nuestras comarcas de aquel pueblo, el aspecto de la mayor parte de sus habitantes, los monumentos, el dialecto, las costumbres, las inclinaciones, las manifestaciones todas de su espíritu, nos probarían el origen céltico de su actual población. Efectivamente, es imposible dejar de hallar a cada paso las grandes semejanzas entre nuestro pueblo y los de su misma rama. A cada momento una costumbre, un rasgo, una superstición de los irlandeses o bretones nos traen a la memoria, y sin ningún esfuerzo, las que nosotros hemos visto y sentido, su poesía nos habla al corazón y va derecha a sus más íntimas profundidades y a cada momento creemos oír en el rumor del viento entre las ramas de los añosos robles, el sonido de las arpas bárdicas, que tan dulcemente resuenan en nuestra alma.

En pié están todavía, ya sobre la colina artificial, ya en la llanura alta, los grandes altares en que el druida, coronado con la hoja de

encina, celebraba los misterios de su religión en la cual brilla la dualidad ariana como una prueba de su primitivo origen.

Es verdad que no hemos sabido conservar nuestra raza al abrigo de toda irrupción extraña, y que a cada paso, vemos que el colono romano se mezcla y confunde con los hombres de origen céltico; mas esto no será nunca bastante para negar a Galicia el puesto que le corresponde entre los pueblos de esta numerosa familia, puesto que puede decirse de sus hijos, con el poeta bretón, que a la manera de los de Erin y de los de Arver, son también frutos desprendidos de una misma rama de oro. Hoy que avocados a grandes trastornos, los pueblos de cada raza, parecen llamarse desde las más opuestas orillas como si se buscasen para marchar juntos a un gran combate, hoy reconocen los ingleses su origen gallego, y grandes y misteriosos lazos de familia unen a grandes distancias los hombres de Vanne y Cornuaille y los que se asientan a lo largo de la costa que corre del Cabo Ortegal al de Finisterre.

La historia de Galicia durante el período céltico, es harto desconocida y casi puede decirse que las luchas y combates que tuvieron lugar en tan lejanos días, ni se conocen ni se recuerdan. Embarcados en sus barcas de mimbre, cubiertas de cuero, como las que usaban sus hermanos de la Bretaña, y vió César en la Coruña, abandonaron nuestras bravas costas y marcharon a Irlanda, como los hijos de la América, en busca de una nueva patria. ¿Quién sabe si las relaciones entre los celtas, gallegos e irlandeses fueron mayores de lo que puede imaginarse ahora, cuando el fenicio hacía el comercio del estaño en nuestras islas y en las Sorlingas? Que los historiados griegos y romanos, repitan con Strabon que los antiguos gallegos vivían vida salvaje, esto no podrá creerse nunca. Quien se arriesgaba a semejantes exploraciones, quien desde tan lejos venía sosteniendo un incesante comercio con los fenicios, no podía ser tan ignorante. Las colonias fenicias, con las cuales tuvieron necesariamente grandes relaciones, la amistad con los túrdulos, los pueblos más ilustrados en tan remotos tiempos al decir de aquellos mismos historiadores, su habilidad para la adivinación, esa propiedad de que se creen dotados los individuos de esta raza, todo nos da a entender la ligereza con que el geógrafo griego habló de un pueblo a quien no conocía debidamente. La poesía, esa primera manifestación de la cultura de un país, y que a manera de la aurora la anuncia con su aparición en el horizonte de las na-

ciones, les era congénita, pues marchaban al combate cantando sus himnos, como describe el poeta latino. Porque eran diestros y valientes odiaban toda dominación, y el fenicio y el cartaginés solo pudieron pisar el suelo gallego como amigos y aliados, nunca como dueños y señores.

LOS FENICIOS

Desde muy antiguo el navegante fenicio conoció a Galicia, en cuyo territorio hizo aquel gran comercio cuyo principal artículo era el estaño que venían a buscar a estas tierras de occidente, en donde se cría el más preciado y en mayor abundancia. Como pueblo comercial, limitóse únicamente a establecer sus factorías y estrechar los vínculos de amistad que le unía con los naturales, no quiso dominar y por lo mismo debió ser largo y grande su pacífico dominio, porque no hay ninguno ni más poderoso ni más profundo que aquel que no se impone por la fuerza y se acepta como una cosa necesaria, pero sencilla y pasajera. El comercio que hicieron los fenicios en este país, fué mucho mayor de lo que se presume; la riqueza y poderío de las ciudades en donde se establecieron lo prueban bien claramente, lo mismo que las grandes minas que dejaron abiertas y los taros de la Lanzada y Hércules, que levantaron para alumbrar unos mares que tan perfectamente conocían, pero cuya natural aspereza exageró Hammon en su "Periplo", para aterrar a los que guiados de la codicia, intentasen seguir el rumbo de las naves que saliendo de Cádiz se dirigían hacia los desconocidos lugares en donde se criaba el estaño y el preciado ámbar.

Ya el sabio Humboldt, que visitó las Cies, sospechó que podían ser las islas del estaño, pero si no bastase para nuestro intento el hallarse en Galicia gran abundancia de este metal, sobraba para dar como existentes en este país colonias fenicias, no solo los nombres de lugares, que los anticuarios tienen por hebreos y nosotros creemos púnicos, por ser ambos idiomas de la rama semítica, sino, lo que es más decisivo, porque haya llegado hasta nosotros el tipo fenicio, conservándose en ciertas comarcas en donde se le distingue fácilmente del celta de anchos pómulos y del romano de arqueada barba. Mas si aquel pueblo no hubiese comerciado con los habitantes de Galicia, si las grandes ciudades de Iria y Bayona no hubiesen sido según toda probabilidad, cen-

tros y emporios de su comercio, ¿cómo se comprendería la facilidad con que el cartaginés entró en este país y tomó asiento en sus costas, y el amor y amistad que a los de Cartago profesaron siempre los gallegos? Ligábanles a unos y a otros no solo la simpatía que como colonia fenicia despertaba en nuestro pueblo, sino también los vínculos de afecto y de interés que de tiempos remotos habían contraído con la madre patria de la colonia africana.

LOS GRIEGOS

Diremos, a pesar de que muchos lo niegan, que los griegos dejaron en este país, pruebas inequívocas de su paso por una tierra, en la cual debieron hallar más de una semejanza con la de la patria ausente. Mas si es indudable la fundación de estas colonias, por más que no hayan florecido como otras más afortunadas, no lo es tanto la época de su establecimiento. Los que suponen que fué después de la guerra de Troya, nombran los caudillos que arribaron a estas costas y cuentan las ciudades que poblaron, mas para nosotros no fueron príncipes y caudillos llenos de gloria por la conquista de Ilión, los que vinieron a vivir a nuestro país, sino simples mercaderes griegos, que llegaron más tarde que los fenicios y en su compañía, para hacer bajo su amparo y protección el mismo comercio que ellos.

A orillas de nuestros mares acamparon, pues, aquellos que habían oído en la tierra natal los hermosos versos de Homero, y quizás las hallaron comparables a las que acababan de abandonar, y los campos que las rodeaban más fértiles que los de la Arcadia, puesto que aún viven sus hijos en los lugares que amaron y escogieron por morada. Hemos visto las estatuas que el cincel ateniense habían animado, y sorprendimos en su frente serena, en la majestuosa apostura, en la suave calma de todo su ser la belleza y la gracia de una raza, a quien conocíamos desde nuestra niñez. Muros, la risueña, Noya, la gótica, ondas de la ría de Arosa que hemos celebrado en los días de nuestra juventud, vosotras veis todavía vagar por esas risueñas riberas a los descendientes de aquellos que os enseñaron el amor a las artes y la música de la palabra! No ya en las costumbres iguales, muchas a las que conocieron los griegos, pues en nuestra opinión, parte de ellas fueron comunes a todos los pueblos de la antigüedad, y en especial a los mismos celtas, no ya en los nombres de lugares, que como entre

otros el monte Zóo, son puramente griegos, pues tal vez pueda sospecharse que por ser el griego y el celta idiomas indo-europeos, tendrá en ambos algunas palabras idéntico significado, buscaremos las pruebas materiales de su colonización en Galicia; pero haremos notar que si en algún sitio debieron de levantar sus tiendas aquellos artistas, debió ser en la ría de Arosa, cuyas suaves y dormidas ondas parecen destinadas a repetir los ecos del valle, y que recuerdan por la tranquilidad de las aguas, por la serenidad del cielo, por lo suave de las estaciones, los risueños mares de Grecia por los que suspirarían sus hijos ausentes. A ellos deben los habitantes de las comarcas en que el celta vivía en tranquila unión con sus huéspedes, el amor a las artes que tanto los distingue. La escultura les es familiar y se ve al pastor de las cercanías de Noya, animar el pedazo de madera, con la misma facilidad y gracia que el de los Alpes suizos.

HISTORIA

LOS ROMANOS.

Pero fenicios, griegos, cartagineses, pasaron por el suelo gallego casi como si no fuesen, que está reservado al romano, imperar en Galicia y unir y confundir bajo una misma denominación al hombre de la toga y a la gente bragata, al de cabello cortado y al que usaba larga melena como signo de varonil nobleza.

El sentimiento delicado y melancólico del celta, va unido ya al espíritu práctico del habitante del Lacio, y por eso, no se engañará quien crea que el pueblo gallego reúne en sí dos de las más opuestas y distintas cualidades, la inclinación innata a todo lo suave, poético y maravilloso, y un buen sentido tal, que le hace amar sobre manera, cuanto pertenece a la realidad de la vida.

Si Roma no hubiese alimentado siempre un insaciable espíritu de conquista, si la fecundidad y riqueza de España no fuese sobrado incentivo de su codicia, habría bastado para que pensase en conquistar a Galicia, la ayuda que ésta había prestado a Cartago, y su fidelidad hacia aquel pueblo, hasta en los momentos de su decadencia y postración. En efecto, aquel pueblo de mercaderes, ante quien Roma

tembló más de una vez, sacaba sus mejores soldados de España, y especialmente de la fecunda y poblada Galicia. Silio Itálico, que nos describe en su poema la marcha de Annibal hacia Italia, al contar los soldados que llevaba consigo aquel conquistador, habla de los gallegos como de hombres propios para la guerra, conservándonos en sus versos curiosas noticias de nuestros antepasados. Abandonó el celta gallego su patria, cruzó la Francia, en donde halló hombres que hablaban una lengua extraña para él y entró en Italia para conocer allí a los que más tarde habían de dominarle. Peleó con el romano, y venció más de una vez: ¡victorias amargas que debían costarle su libertad!

Scipión que venía a vengar al par que las derrotas de la patria, la propia sangre vertida sin piedad, llevando la guerra desde las orillas del Ebro, en donde los romanos la habían concretado, a la misma Cartagena, colonia riquísima del cartaginés, dió el ejemplo que debían seguir sus sucesores, de herir, de tomar, desbaratar aquellos lugares en que el de Cartago tomaba, no solo sus hombres de guerra, sino sus provisiones, y el ánimo y el valor para seguir una guerra en la cual los auxilios eran fáciles, prontos y seguros. Tan acertada determinación, así como su política y diestra clemencia con los prisioneros españoles, valió a los romanos más que sus victorias. Vencieron al español estas muestras de aparente virtud, y más que nada el cansancio de pelear por el falso cartaginés y la necesidad de la paz que se sentía grandemente, por eso muchos pueblos, se unieron al romano. Pronto, sin embargo, comprendieron que no habían hecho otra cosa que mudar de amo, y quedarse con el más cruel y ávido de riquezas, así es que la guerra renacía a cada paso como el fuego mal apagado, hasta que la crueldad y la negra traición de Galba hizo estallar las iras de los lusitanos. Vióse entonces de lo que eran capaces los españoles cuando no les trabajaba la discordia, y Viriato puso más de una vez en peligro la dominación romana en España.

¡Cosa digna de notarse! Bruto, siguiendo el ejemplo de Scipión, llevó sus armas victoriosas contra las colonias fenicias de Galicia, que tan leales habían sido a Cartago, y les hizo experimentar todo el peso de sus rencores. Tomólas, saqueólas, llevóse todo el dinero y bastimento y para colmo de desventura, les devolvió como si fuese un acto de clemencia, aquella ciudad que no podía retener porque la necesidad le llamaba a otras partes. Bastaba a su gloria haber vencido a

pueblos nunca domados, adquirir el sobrenombre de *Gallio*, y llevar con las riquezas recogidas, un templo en cuyo frontispicio escribiese un poeta amigo las alabanzas del héroe!

Durante la penosa y larga guerra de su conquista, vio Roma desaparecer en España como en abierta sima, sus mejores soldados y ser derrotados y muertos sus más famosos capitanes. Asombro fué de aquellos hombres orgullosos, y escuela en donde aprendieron a saber que había más pueblos que el romano, dignos de ser dueños del mundo. Cuantos grandes capitanes tuvo Roma, aquí vinieron a aprender a pelear con hombres, y César, aquel gran vencedor de pueblos celtas, que buscaba ocasiones de ganar triunfos y allegar riquezas con que allanar la senda del consulado, y más tarde la del Capitolio, voló contra los Herminios, derribó sus pobres y frágiles viviendas y acuchilló sin piedad a aquellos que todavía recordaban las victorias de Viriato.

Mas las conquistas de César eran tan pasajeras como las de Bruto, pues tan pronto como abandonó a Galicia, las ciudades conquistadas, volvióse de nuevo a gozar de su libertad, que a estos pueblos, indómitos como todos los de España, tocó ser de los últimos a conocer el dominio de Roma. Es verdad que no hizo así más que retardar el momento de su conquista, pero esto basta para su gloria. Augusto, cuya fortuna había puesto en sus manos la suerte del mundo quiso celebrar el templo de Jano y que los hombres gozasen, después de tantas tribulaciones, de una paz duradera, siquiera fuese aquella paz, que tan amargamente describió Tácito en concisas, cuanto enérgicas palabras. Para conseguirlo era necesario que España perteneciese toda a Roma, y los capitanes de Augusto recibieron la orden de domar a los indomables. Consiguieronlo después de grandes esfuerzos, y de presentear atóntos, en el Medulio, el último y cruento sacrificio que hacían los españoles en aras de su libertad, Renovóse en aquel monte sagrado el ejemplo de Numancia, y cántabros y astures y gallegos, encañaron al mundo como pueden conquistar la libertad los que no saben ni quieren vivir esclavos.

Pero había llegado la hora de reparar en algo los pasados estragos y las vias militares llevadas a cabo con notable prontitud y gran conocimiento del país y centros de su riqueza, muestran el cuidado que desde luego pusieron en preparar los elementos de regeneración, de las naciones cuyo dominio les había dado la conquista. Vióse así Galicia cruzada de caminos, que ponían en comunicación sus principales ciu-

dades, y aquellos pueblos cuyos nombres, por bárbaros, no quiso publicar el culto labio de Plinio, dieron a sus dominadores grandes y preciadas riquezas. El lino querido del celta, el oro del Sil que tanto excitó la codicia romana, los voladores caballos que celebra Silio Itálico, las flores, en fin, los dones todos de un país favorecido por la pródiga naturaleza, fueron admirados, buscados, y deseados en la capital del imperio.

Fué entonces cuando Galicia empezó de nuevo a vivir vida pacífica y a gustar de las ventajas que a cambio de la anhelada independencia le ofrecía Roma, por aquel tiempo en el apogeo de su civilización.

Vías militares, caminos que aún hoy sirven al campesino, puentes bajo cuyos arcos pasan, hace casi diez y nueve siglos las ondas tumultuosas del océano en las horas de la marea viva, minas cuyos colosales restos hacen enmudecer a la vez que de asombro, de tristeza, rocas inmensas tajadas a pico, que conservaron largo tiempo, en sus ásperas cortaduras, la inscripción romana, como una prueba del atrevido genio que logró domar allí la naturaleza, termas y murallas, templos y palacios, nuevas ciudades y nuevos puertos, he aquí lo que halla en Galicia el que estudie su historia durante la dominación de Roma.

Habíanse acostumbrado los pueblos a los beneficios de la unidad, la universalidad del latín facilitando toda transacción, facilitaba asimismo la propagación de los conocimientos humanos, la filosofía, la poesía, la elocuencia, esas tres formas de la sabiduría antigua, llegaron a nuestro país, y tal vez tuvimos poetas, filósofos y oradores cuyos nombres se han olvidado ya entre el tumulto de los tiempos. Floreció entonces Galicia y fué conocida, buscada, cuidada con aquel especial interés de que parecen hablarnos todavía, las mal destruidas vías, los puentes que aún quedan en pié, las murallas que son hoy recuerdo vivo de aquella dominación.

Como todos también, debe a su dominadora, la institución del municipio, institución salvadora, de la cual surgió más tarde, entre los horrores del feudalismo, la libertad de los pueblos.

Toda conquista entrañó, durante mucho tiempo, una revolución grandísima en la propiedad. Comprendíanla los antiguos pueblos de muy distintos modos, pero de hecho, convenían todos en un punto, esto es, que la tierra conquistada venía a quedar bajo el dominio del conquistador, quien se la apropiaba, vendía, hacía trabajar por los esclavos,

disponía de ella, en una palabra, los antiguos dueños perdían todo derecho y la propiedad pasaba a otras manos. No diremos ahora cómo la entendían los antiguos gallegos, tal vez a la manera que las tribus germánicas, una igualdad primitiva reinaba en el reparto de las tierras, como parece indicarlo la especial constitución agrícola de Galicia, no diremos tampoco si conocían la esclavitud, esa lepra del mundo antiguo pero sí, es necesario advertir, que con la conquista, la propiedad tomó la forma latina, y la esclavitud fué desgraciadamente entre nosotros una verdad cruelísima. Y he aquí los primeros anillos de una cadena que arrastró el esclavo, durante siglos, haciendo del ser humano, libre y activo, una cosa sin voluntad ni vida propia! El que visita los grandes trabajos de Montefurado, no puede menos de estremecerse pensando que aquellas obras fueron hechas por desgraciados a quienes la esclavitud privara de un golpe de todos los derechos del hombre.

EL CRISTIANISMO

Tocó por dicha a los gallegos, ser de los primeros a conocer la verdad cristiana. En esto es constante la tradición, la cual de una manera maravillosa, nos recuerda que al Apóstol Santiago, se debe la predicación del cristianismo en Galicia, la fundación de la Iglesia iriense, y con ella el reinado de Cristo, en esta tierra poblada por el celta, cuya raza esencialmente religiosa, era a propósito para recibir con fruto las nuevas verdades que venían a conmover en su asiento la sociedad romana.

Es de creer que el cristianismo hallase aquí, como en todas partes, seria resistencia, ya por parte de los romanos, ya de los naturales, pues mártires gallegos regaron con su sangre este suelo en que debía florecer más tarde la doctrina que santificaban con su martirio. Dominaba entre nosotros el politeísmo romano, cosa fácil, cuando fenicios, griegos, cartagineses, nos habían hecho conocer sus dioses, pero la antigua religión de los celtas debía necesariamente compartir con ellos su dominio, que no se olvidan con facilidad, ni las costumbres, ni los dioses de nuestros padres.

Sábase que los gallegos tuvieron en aquellos remotos tiempos, una tan sencilla religión, que obligó a decir a los romanos, que no conocían dioses. Sus creencias simples y severas les hacía concebir la religión bajo un punto de vista grave y majestuoso. Los bosques, los ríos, los

montes, eran sino objeto de adoración para ellos, el menos cosas dignas de su amor y respeto. A esta religión sencillísima y primitiva, añadió el Druida, sus creencias, hijas del Oriente, su patria. Por esto, y porque los romanos no conocieron claramente cuanto tocaba a nuestro pueblo, se dijo y repitió que los antiguos gallegos, no tenían dioses, o que sólo adoraban a Theut o Theutates.

EL PRISCILIANISMO

Por desgracia las herejías tan comunes en los primeros tiempos de la iglesia, y que venían a conturbar los ánimos de los verdaderos creyentes, vinieron asimismo a afligir a los cristianos de Galicia. Un maestro gnóstico y una mujer de gran talento y elocuencia, renovaron entre nosotros los errores de aquella secta, y dieron origen al priscilianismo, herejía que propagándose por toda Galicia echó en ella grandes raíces y dió vida a una época notable aunque sobrado turbulenta.

Debido al cristianismo poblóse entonces Galicia de monjes y eremitas, hombres atentos únicamente al gran negocio de su salvacion, mientras otros emprendían largos viajes a los Santos Lugares, para renovar en su alma, a la vista de Jerusalén, el místico amor de Cristo de que estaban poseídos. Débiles mujeres, como más tarde la virgen Echeria, cuya peregrinación nos cuenta Valerio, arrostraron toda clase de penalidades, marchando desde estas tierras de Occidente, hasta aquellas otras tan llenas de los recuerdos de su Dios. Y todo esto pasaba mientras a lo lejos se oía amenazador el gran ruido de los pueblos bárbaros que, avanzando sobre el mundo romano, se disponían a derrocar su poder y a echar los cimientos de las nuevas naciones y de la nueva civilización.

LA IRRUPCION DE LOS BARBAROS

¿Quién será capaz de pintar en su terrible desnudez las escenas de desolación que presenciaron los pueblos neo-latinos en los días tristísimos de la irrupción bárbara? Emjambres de pueblos salvajes, abandonando de una vez las orillas del Danubio y los bosques de la Germania, donde apenas pudieron contenerlos Constantino y Teodosio, se arrojaron sobre el imperio y lo saquearon y repartieron como botín

de conquista. Alanos, vándalos, suevos, silingos, franquean los Pirineos, se apoderan de la mayor parte de España y talan y llevan a saco cuanto se opone a su marcha devastadora. Venían con ellos el incendio y la destrucción, el hambre y la peste, derribaron los altares, el monje vió destruída su apartada y solitaria vivienda, faltaba todo alimento, las fieras salieron de sus madrigueras, se comió la carne humana, hubo madre que devoró a sus hijos... y los hombres no veían lucir en el horizonte, como un consuelo a su profunda agonía, el sol de un día mejor. Señales misteriosas aparecieron en los cielos que iluminó el cometa con su larga y ardiente cabellera, tembló la tierra, dieron las plantas frutos amargos y hasta el apacible Miño — así lo cuenta Idacio — crió peces en los cuales se vieron signos y letras maravillosas. ¡Todo parecía anunciar a los hombres una grande y solemne catástrofe!

Sin embargo, era tan amarga la suerte de nuestros pueblos, a los últimos de la dominación latina, que pasados los primeros terribles momentos de la irrupción, casi se tuvo ésta como un don del cielo que venía a librarlos de los males que les afligían. Mas vale, decía entonces el mismo Paulo Osorio, una libertad precaria entre los bárbaros, que pasar la vida satisfaciendo las exigencias del fisco. Eran éstas tan despiadadas, pesaba tanto Roma sobre la propiedad, que los hombres preferían perderla a sufrir las exacciones de que eran objeto. Gobernadores y jueces despojaban a los ciudadanos de sus bienes, de su libertad y hasta de su vida. El tesoro imperial y la caja del municipio eran un abismo sin fondo, de aquí los bacaudas, de aquí el que, según refiere Salviano, los mismos que odiaban el dominio de los bárbaros, se veían precisados a unirse con ellos.

LOS SUEVOS

En los primeros años del siglo V y mal apagadas en Galicia las discordias que había encendido el priscilianismo, se vió acometida por los suevos, que al mando de su rey Hermeric, invadieron nuestro país. Eran los suevos una tribu de las más numerosas y valientes de cuentas había abortado el Septentrión, y desde un principio — tal fué su fortuna — pudo creerse estaba reservado para ellos el dominio de la Península. Sin embargo, el godo ambicioso, que tenía un pie en las Galias y otro en España, como si velara ambas presas, aliándose con

el romano, se creyó natural poseedor de esas tierras y miró desde luego a las demás tribus, como usurpadoras y enemigas. Mas he aquí, que adelantándose hacia Galicia, aquel pueblo cuyo nombre equivalía a "Hijo del mar", se apodera y se asienta en los innumerables puertos que en estas costas baña el océano con sus ondas tumultuosas. Venían los hijos del Norte, armados con la maza invencible, larga la barba, el ademán rudo y fiero, dispuestos a hacerse paso por entre sus enemigos y sacar triunfante el dragón alado y el nombre guerrero de la tribu. Conducíalos un jefe dichoso llamado a vencer a los vándalos y echar los cimientos del nuevo reino que levantaba en estas tierras de Occidente, cuyo clima hospitalario convenía a los que desde las heladas riberas del Oder, venían buscando un país fértil y un temple benigno y suave. Contaban para esto, con que el romano degradado no osaría oponer sus cohortes a los que se tenían por más fuertes, contaban asimismo con que al pueblo de esclavos, que obedecía al emperador, le importaría muy poco cambiar de dueño. ¡Cuanto se equivocaban! Estas tierras de Galicia que parecen antemural poderoso, en que toda conquista se detenga, fueron las primeras cuyos habitantes osaron, en aquellos días de espanto, oponer seria resistencia a los numerosos soldados que traía consigo Hermeric. ¡Y, coincidencia singular! los únicos territorios que entonces defendieron su independencia en las Galias y en España, fueron la Armórica y Galicia, pobladas ambas por hombrés de la raza céltica. Idacio, que presenció y describió la irrupción bárbara, nos cuenta que los gallegos lucenses, mejor dicho, los de este convento jurídico, lograron desde el principio poner condiciones a los suevos y establecer una especie de república independiente, en guerra durante largo tiempo con sus dominadores. En vano uno y otro día, enviaban a Roma embajadores pidiendo ayuda y auxilios. Roma se contentaba con amenazar y enviar legados, amenazas y legados de que se reían los bárbaros.

Tal vez sujetos los naturales al dominio de los suevos, entraron éstos en el goce de una vida quieta y pacífica, y deponiendo sus hábitos guerreros y entregándose al trabajo del campo, volvieron así contentos a la existencia que llevaban sus antepasados en las frías y tormentosas regiones del Norte. Tornó entonces Galicia a su antigua prosperidad, las tierras antes incultas produjeron fruto, y en todas partes se oyó el alegre ruido de un pueblo que entra en la vida del trabajo y se prepara por medio de él, a conquistar paz, que tan amargamente se

echa de menos, entre el tumulto y la destrucción de la guerra. De estos lejanos tiempos, sospechamos que data la extrema división de la propiedad gallega, división salvadora que no permitirá jamás que esta tierra se despueble, ni que sus habitantes pierdan el carácter de individualidad que les distingue. Que ni por ser muchas las cargas que pesan sobre la propiedad, equivalen al presente sus tiranías, al hecho de carecer de ellas, siendo por lo mismo una verdad incontestable, que si nosotros la tenemos esclava, en cambio no conocemos el errante proletariado, sin casa ni campo propio, es decir, sin hogar ni patria verdadera.

Empezaron entonces los pueblos gallegos a gozar de la tranquilidad de una paz afortunada: los antes destruidos monasterios se volvieron a edificar, los concilios a reunirse, y los hombres a conocer las ventajas de que, a la decadencia y afeminación de los últimos días del imperio, sucediesen las tristes pero necesarias y sangrientas escenas de la irrupción, que vinieron a despertar en los hombres un varonil aliento, un noble espíritu de independencía, que parecía haber desaparecido ya y para siempre, de los degradados pueblos neo-latinos. Viéronse aparecer de nuevo los sabios ascetas como Fructuoso y Valerio, oyóse la voz autorizada de Martín y los versos de Venancio, y resonó en los concilios la voz de aquellos ínclitos varones que, gobernando la iglesia, eran al mismo tiempo, la boca sin mancha por donde hablaba y se quejaba el afligido pueblo. La poesía, la oratoria, el arte en fin, renacía de sus cenizas. ¡Y, cuánto se equivocan los que aseguran que hasta el tercer concilio toledano en que godos y suevos abjuraron los errores de Arrio, ni las artes, ni la poesía, habían podido florecer! Brillaban ya entre nosotros y con todo su esplendor, en tiempo de Theodimiro y Mirón, su hijo, puesto que Gregorio de Tours, llama obra maravillosa a la catedral de Orense, levantada bajo los auspicios de estos monarcas, y que el concilio prcareense, prohibiendo cantar en las iglesias más himnos y poesías que los salmos, viene a probarnos que el culto de las musas no se había olvidado en Galicia. La música, ese otro arte divino que jamás olvidarán los hombres, se vió en estos días tan floreciente, que puede asegurarse, pasó de aquí a Irlanda, que conservaba todavía el recuerdo de aquellos tiempos afortunados, en que el celta gallego visitaba las costas salvajes de la Cambria. Que si era conjénita la música a los que marchaban cantando al combate, no lo era menos a los pueblos escandinavos que vinieron a dominarlos y mezclarse con ellos. Fuéles así fácil a los gallegos inventar, después de

la caída de la monarquía sueva, una notación musical que les permitiese fijar y conservar los ligeros sonidos y las notas melodiosas de los instrumentos y del canto.

En tal estado de adelanto, entró Galicia a formar parte de los dominios hispano-góticos, mas, como si fuese signo de este país, que jamás en él se depusiesen las armas, ni dejasen de oírse el tumulto y las voces del combate, esperábale en los momentos mismos de la incorporación, una nueva, sangrienta y encarnizada guerra. Pelearon entonces unidos, suevos y gallegos, los primeros para recobrar los perdidos dominios, los segundos por que odiaban el arrianismo que se apresuró a imponerles Leovigildo.

LOS GODOS

Sujeta ya Galicia al dominio godo, y deshecho y aniquilado el antes poderoso reino de los suevos, parece que una paz venturosa debía ser el inmediato resultado de una tan providencial unión, mas no sucedió así, porque la forma electiva de la monarquía, de suyo harto triste y turbulenta, ponía en peligro a cada momento, el robusto imperio de los godos.

Mientras tenían lugar tan tristes escenas, los que vivían ajenos a las ambiciones del hombre, como Fructuoso y Valerio, poblaban de monasterios la soledad de los montes, y a ellos se retiraban para no oír el tumulto del mundo, ni conocer sus eternas y desconsoladoras inquietudes. Fructuoso imponía a sus monjes, al mismo tiempo que la oración, el trabajo material, así se vieron suceder a los ásperos eriales en que colocaba la santa casa, los frescos y risueños valles, fructíferos, gracias al trabajo de aquellos piadosos solitarios. No les estaba vedado el canto, ni la poesía. Valerio escribió versos gratos a nuestra alma, y Echeria, mujer de imaginación vivísima y gran conocedora de las Escrituras, describió, según cuenta su panegirista, los lejanos países que había visitado. Copiábanse los libros santos en el retiro de S. Pedro de Montes, y su dichoso abad escribía la vida de su antecesor y maestro, daba cuenta a sus hermanos de las peregrinaciones de Echeria y reprendía con inspirado acento a los monjes licenciosos.

De estos días sería aquella catedral de Lugo, con reliquias y altares magníficamente decorados, que destruyó la irrupción agarena, y a la cual el artista habría dado tal vez, toda la grandeza y hermosura que

permitía al arte de su tiempo. Expiraba el dominio visigodo en España, cuando Tuy vió albergarse dentro de sus muros al joven Witiza, quien la vistió con el lujo y aparato que convenía a una corte. No ha mucho se conservaban aún los restos de su suntuosa morada, y columnas y arcos y capiteles, al aire todavía o bien ocultos en la tierra que el labrador removía con el arado, eran testimonio del arte que lo produjo y testigos de la pompa y grandeza de una monarquía y de un monarca que no soñaba siquiera lo poco que les restaba de vida.

No fué mucho ciertamente lo que mudó, con la dominación visigótica, la suerte de la muchedumbre, ni la esclavitud mejoró su condición más que en apariencia. El código que elaboró este pueblo durante su dominación, y dejó como un recuerdo de su paso, nos dice bien claro cuál era la suerte de los desgraciados siervos, aprisionados en el círculo estrecho que no les permitía olvidar su origen, ni aún libertos, sin que les fuese posible romper por completo, ni a ellos, ni a su posteridad, el lazo que un día los había unido al afortunado dueño.

El triunfo más grande que alcanzó el esclavo bajo la dominación bárbara, fué debido a la influencia cristiana que consiguió formarle una familia y hacer indisoluble su matrimonio. Este es el rasgo principal que le distingue del esclavo romano y el paso más grande dado hacia la servidumbre de la gleba.

Pereció el reino de los suevos, cuando se ostentaba más fuerte y más robusto, gracias a las disensiones intestinas y la ambición de algunas familias y pereció asimismo el reino de los godos por la lucha fratricida, que habían encendido los de la sangre de Chindasvinto y los de la de Wamba. Tras los días de Egica y Witiza, vinieron los de Rodrigo y con ellos el deseo de la venganza de los humillados y los esfuerzos de una ambición en aquellos momentos sin fortuna. Encendiéronse los odios, prelados turbulentos atizaron el fuego de la conspiración, y pronto España entera gimió amargamente bajo el azote de aquellos árabes a quienes los vencidos habían llamado por auxiliares.

LOS ARABES

Las memorias que nos quedan de aquellos días de desolación nos lo prueban: que si es verdad que los árabes no penetraron en Galicia, sin que sus habitantes, con más ánimo que fortuna, les disputasen el

paso en los desfiladeros de Vaicarcel, lo es asimismo, que se corrieron hacia la parte marítima y la ocuparon tranquilamente.

Pelayo, a quien muchos tienen por gallego, pero que nadie puede dudar pasó los años de su niñez a orillas del Miño y en los frescos y extensos valles de Tuy, reunió las reliquias del reino godo-hispánico, esperó ocasión propicia para atacar con fortuna al enemigo, y emprendió así una guerra que no por pequeña dejó de ser el principio de nuestra restauración. Ayudábanle los nobles de Galicia que no permitían un momento de quietud a los árabes que ocupaban las ciudades gallegas, dándoles después seguro asilo, las ocultas hondonadas, los montes elevados, las lejanas e ignoradas playas cuyo mar solitario rompía en silencio en la abandonada y apacible costa. Créese que el obispado de Iria no cayó por entonces en poder de los conquistadores y que un Lupo Cambero les tomó cuanto poseían desde la Coruña a Finisterre, mas es lo cierto que, o los moros entraron de nuevo en Galicia, o no habían salido todavía, pues se ve que cuando el primer Alfonso emprendió, ayudado de los naturales, la conquista de nuestro territorio, se hallaban apoderados de Lugo, Tuy y Orense, que tomó por sí mismo aquel afortunado monarca.

Vinieron a sacarla de tan angustioso trance los esfuerzos del primer Alfonso que, deseando extender las fronteras de su reino, castigar a los moros, alentar y dar unidad a los gallegos que peleaban sin concierto, entró con sus huestes por aquella parte en que el Eo, divide con débiles ondas el territorio asturiano del de Galicia. Empieza por poblar a la desamparada Britonia, corre hacia Lugo, desaloja de allí a los árabes, marcha hacia Tuy y Orense, que reduce a su dominio, y en tan afortunada correría, logra, no sólo batir a sus enemigos, sino engrosar su ejército con la multitud de gallegos que se le juntaban, y conquistar tierras que poder poblar con las familias que andaban errantes y sin hogar propio.

Eran aquellos los primeros gloriosos días de la monarquía asturiana. A Alfonso sucede Fruela, que pelea con los moros en Pontumio y los vence. Síguele Aurelio, a éste Silón, vienen después Mauregato, cuya memoria hicieron odiosa y Bermudo que deja gustoso el trono al segundo Alfonso. No fueron, durante el reinado de estos monarcas, las guerras contra los árabes, las únicas que agitaron el suelo gallego. Percíbese en las memorias de aquellos tiempos como un reflejo vivísimo de las contiendas civiles, oye-se el rumor de las revueltas populares, se

conocen las ambiciosas aspiraciones que engendraba una sociedad naciente y sin vínculo alguno que la sujetase, se advierten las esperanzas que los desvalidos abrigaban de sacar a salvo en medio de tan agitado mar la libertad individual, y se notan en fin, los deseos que hubo siempre de constituir en Galicia un reino aparte y los esfuerzos que se hicieron para conseguirlo. Fruela dando muerte a su hermano Wimarano, que gobernaba estos países, y Silón venciendo a los gallegos en el Cebrero, nos prueban, que las tentativas de nuestros nobles de levantar en Galicia un reino rival del de Asturias, fueron tan grandes como infortunadas. Mas tarde veremos encenderse de nuevo el mal apagado fuego, como veremos también renacer, en las revueltas de los burgueses, los desgraciados esfuerzos que, en el reinado de Aurelio, hicieron los esclavos y libertos para sacudir el yugo que pesaba sobre ellos y sus descendientes.

EDAD MEDIA

Confusos y oscuros de por sí, los tiempos medios, cubiertos de tinieblas, porque se ha borrado y perdido todo recuerdo, sin guía segura para poder penetrar en las profundidades de su civilización y comprenderla bajo el múltiple aspecto del individuo y de la sociedad, de la religión y del arte, siendo tan variada por los diversos y encontrados elementos que entraron a componerla, y tan oscura por la confusión de las costumbres y las leyes, no es posible abarcarla en toda su extensión, ni presentar completo el verdadero cuadro de su existencia.

Fué Galicia de los primeros pueblos que lograron constituirse en España, durante tan largo y angustioso periodo. A pesar de las irrupciones normandas, a pesar de que los árabes no perdían ocasión de entrar por nuestras tierras y talarlas y llevar delante de sí cuanto se oponía a su paso, a pesar de que vida tan inquieta no era a propósito para que la riqueza pública se desarrollase, hay que confesar que, por mal que se conozca la historia gallega, se ve pronto que nuestro país, al poco tiempo de haber sacudido el yugo agareno, floreció como ninguno y fué el rico venero de donde los monarcas asturianos, y leoneses, sacaron toda provisión, todo ejército, toda población. Vémosla así en los primeros tiempos de la reconquista fundar multitud de monasterios, asilo y amparo de los fugitivos cristianos, dar los obispos encomiendas en sus iglesias a errantes prelados y sostener vivo, en medio de la

barbarie que les rodeaba, el gusto de la literatura y poesía, conservar y copiar los libros santos, los códigos conciliares y tantas otras obras, como el descuido de los que vinieron después dejaron olvidarse y perder lastimosamente. Quiso la desgracia, que este reino no lograra consolidarse y tener monarquía propia y continuada: no veríamos así suceder, a los brillantes días de Gelmírez, los amargos y estériles que vinieron durante los siglos XIII y XIV. ¡Cuál sería la vitalidad de un país que, apenas libre de la irrupción agarena y después de tan hondo como general transtorno, se hallaba capaz de tanto como logró aquel hombre inmortal, tan desconocido como menospreciado, tan mal tratado como digno de respecto, tan grande como superior a su siglo! No se necesita más que recorrer el territorio gallego, que a cada paso la iglesia o el monasterio románico, detienen al viajero y le muestran el pórtico ornado de largas y ya hermosas estatuas, las columnas cuyos capiteles están llenos de caprichosas figuras, el ábside circular, el separado campanario, las piedras sepulcrales, el preciado rosetón, el altar y la columna retorcida que el genio del artista pobló con las bizarras y atrevidas concepciones de su genio. Testigos irreprochables de la riqueza de Galicia y de la piedad de sus habitantes en los siglos XI y XII, vienen a decirnos que el arte se hallaba entre nosotros tan floreciente, como lo estuvo más tarde en los dominios castellanos. Prueban asimismo, que a Galicia se debieron en parte, no sólo la restaración, sino también los primeros pasos hacia todo arte, toda ciencia y literatura. Aquí nació el sol de la civilización de los tiempos medios en España. Si después se alzó más radiante y alumbró países más afortunados, si aquí a los primeros y alegres rayos de la aurora siguieron los fríos y pálidos del anochecer, y no hubo mediodía para nosotros, no culpéis a este país desgraciado: causas que deploran cuantos le aman con el íntimo amor de hijos que todo lo perdonan, le trajeron al estado en que le hallamos en los primeros días de la edad moderna. Un cruel feudalismo fué su azote, y los monarcas castellanos que tenían como olvidada a Galicia, dejaban que en ella no se conociese la justicia, ni los tiranos que la agobiaban temiesen el castigo. Vivió como un país libre en medio de una completa anarquía y bajo los brutales desenfrenos de un régimen aristocrático, faltó toda rienda a los poderosos, todo amparo a los débiles, toda ayuda al que no podía ni quería soportar semejante estado. Consolémonos pues, con la gloria de los primeros tiempos, de la pobreza de los que le sucedieron, con la memoria de los Froylanes y

Rosendos y Pedros, de la esterilidad de días menos afortunados, con el esplendor y riqueza de Gelmírez, de las épocas de abandono y desgracia que vinieron después!

Ambicionaban los árabes recobrar el dominio de aquella Galicia que, apenas en sus manos, la perdieron al momento casi y para siempre, y a cada instante ponían en alarma nuestros pueblos, tan pronto, tomados como vueltos a dejar. Manteniase de esta suerte vivo en el ánimo de los gallegos, el odio a los conquistadores y su deseo de que prevaleciese la Cruz sobre el Korán. Así sucedió. Alonso el Casto, en cuyo tiempo se descubrió en un miserable burgo de los tamaricos, el cuerpo del Apóstol Santiago, Ramiro vencedor en Clavijo, Alonso III coronado en Compostela como Rey de Galicia, todos tres humillaron el poder mahometano, ya castigasen las desvataciones de Abdu-el-malek y la ingratitude de Mahanud, ya los elementos les ayudasen destruyendo en la embocadura del Miño la soberbia armada que venía a tomar nuestros puertos, ya los naturales destrozasen las tropas de Mohanmed que se habían internado en Galicia y saqueado y devastado cuanto hallaran a su paso.

GALICIA EN LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA MONARQUÍA ASTURIANA

El aspecto de Galicia durante los primeros tiempos de la monarquía asturiana, recordaba aquellos días primitivos que describió Strabon con breves y pintorescas frases: sembrábase el mijo y se mantenía la gente del venado que cruzaba ligero el bosque espeso e iba a rumiar en el prado desierto, mientras el sol brillaba en las aguas del río, solitario como toda la naturaleza, o la niebla cubría misteriosa y poética, las cumbres del monte vecino. No se oía más ruido, en el albergue del campesino, que el grito de alarma y el toque de rebato, el ay! del esclavo y la voz imperiosa del señor. Nuestras ciudades recordaban por lo desiertas y silenciosas los antiguos burgos del celta, menos la paz que en éstos reinaba, todo era ruinas y soledad: la columna romana se aprovechaba para la nueva fábrica, crecía la yerba en la vía militar, veíanse despoblados los más célebres puertos de la antigüedad, y solo miserables "dornas", semejantes a la canoa del indio, cruzaban silenciosas las aguas del olvidado río.

Pero a poco, sin embargo, fué mejorando tan triste situación. A las iglesias de madera sucedían las de tapicería, a éstas las de granito y las de mármol, en que el artista parecía recordar con temor los rasgos del arte latino: la pequeña torre elevada en medio del áspero desfiladero, era reemplazada en la llanura por las casas fuertes rodeadas de fosos y con torres a los cuatro vientos. La ciudad que apenas se atrevía a extenderse más allá de su estrecho recinto — probando así cuán escaso era el número de hombres libres que podían entregarse al cultivo de las artes, y cuán pobre desarrollo alcanzaban éstas — empezó a crecer y desplegarse atrevida como si quisiera decirnos que el poder que había de abatir al orgullo feudal, y ser durante largo tiempo, su enemigo más alerta, venía ya a la vida pública, y se preparaba, gracias a largos, sangrientos y continuados esfuerzos, a recoger de manos del noble el imperio que se le obligaba a abandonar.

El reinado de Ramiro fué breve, pero grato para Galicia. El enseñó a sus sucesores el amor a esta tierra — en la cual había hallado soldados cuando la deslealtad intentó despojarle del trono — encomendando a su hijo al amor de los pueblos gallegos. Estaban los monarcas asturianos mal avenidos con la ley goda, que hacía electiva la corona y trataban de romper con ella. Para eso seguían el ejemplo de Ervigio, y daban a sus hijos con el gobierno de Galicia, la facilidad de allegarse parciales y allanar de esta manera el camino del trono. Ocasionábanse así grandes trastornos, aún cuando en algunas ocasiones era este el único medio de conjurarlos, pero la extensión de nuestro territorio, el poder de los nobles, el espíritu que les animaba, el deseo que abrigaron todos durante mucho tiempo, de echar en Galicia, los cimientos de una nueva monarquía y con ella alcanzar la autonomía del país, eran fuente perenne de turbulencias y agitaciones sin cuento. A la muerte de Ordoño estallan éstas con toda su fuerza, y Fruela, conde gallego, ocupa el solio y obliga al niño Alonso a buscar refugio en las montañas de Alava, mientras la muerte no le libra de tan poderoso rival y permite recuperar el trono de sus mayores. Nada habían ganado nuestros pueblos con la elevación de Fruela, el despojado Alonso era de sangre gallega, había nacido en Galicia y criándose al amparo de la Iglesia compostelana que tantas pruebas tuvo de su generosidad y amor filial, lo mismo importaba pues a Galicia que el ambicioso conde, o el príncipe fugitivo llenasen con su presen-

cia la corte de Oviedo. Ella quería una corte y un monarca propio, y Fruela la buscó en la capital de Asturias: por eso a su muerte, Alonso, encontró su patria dispuesta a obedecerle.

En los largos días de su reinado, floreció Galicia y se vió coronada de toda clase de felicidades. Pobláronse con gallegos Coimbra e Idaña, Coria y Mérida. Levantóse de nuevo la basílica compostelana, siendo de riquísimos mármoles toda su fábrica, celebró en ella concilio, y no olvidó en sus larguezas ni a la Iglesia de Orense, ni a la de Lugo. Puso en la primera a Sebastiano, a quien había dedicado su "Crónica" y dió a la segunda libros, ornamentos, vasos sagrados y cincuenta esclavos ismaelitas de los muchos que había hecho prisioneros en sus afortunadas guerras. Los mismos elementos parecieron ponerse de su lado: la poderosa armada morisca que venía contra este reino, pereció en las tumultuosas ondas de nuestro mar, librándonos de este modo de una invasión y permitiendo a los soldados del rey de Galicia, como llamaban al rey Magno, penetrar hasta Andalucía y plantar sus tiendas en el corazón de Sierra Morena.

LOS NORMANDOS

Como si no fuesen sobrados males para Galicia, las invasiones árabes, las revueltas intestinas y lo amargo y atribulado de los tiempos que corrían, vinieron a aumentarlos los desembarcos de los normandos que de tiempo en tiempo y durante tres siglos affligieron nuestras costas. Llegaban estos nuevos bárbaros, recordando la invasión de los pueblos del Norte, y en sus grandes rostros, en su elevada estatura, en el vigor de la raza, y en lo atrevido de las expediciones, parecían dignos descendientes de aquellos que echaron por tierra el soberbio imperio romano. Piratas sin piedad, que vivían de la rapiña, no lograron, a pesar de haberlo intentado, consolidarse en nuestro país. En sus excursiones a estas playas, fueron siempre rechazados, ora hubiesen logrado fáciles victorias y extendídose por Galicia, ora al poner el pie en esta tierra fuesen desechos y obligados al reembarque. La tradición nos cuenta que S. Gonzalo los venció con sus oraciones, y S. Rosendo con las armas. La historia nos dice que si el obispo compostelano Sisnando perece combatiendo contra Gundredo, otro obispo de la misma iglesia, Cresconio, los derrota por completo. Si ellos vencen y talan nuestras tierras del interior, el conde Gonzalo los destroza

y acuchilla. Triste recuerdo debieron pues, guardar largo tiempo en las frías regiones en que habitaban, de esta tierra de Jakosbland, a la cual tanto parecieron amar, y que en sus valles amenos y en sus campiñas presenta más de una semejanza con aquella otra provincia francesa en la cual se aposentaron para siempre.

FEUDALISMO

Cierran el triste cuadro de estos días de tribulación, las continuas revueltas de los próceres gallegos. Mal avenidos con todo espíritu de justicia, vivían sueltamente, no reconocían más derecho que la fuerza y eran tan recelosos del poder ajeno, tan atentos a la propia grandeza, que la lucha entre los que todo lo ansiaban y los que a todo se oponían, fué larga y encarnizada y no permitió que aquí el sentimiento popular, tomase el incremento que en otros pueblos menos azotados por la tiranía feudal. Este era grande en Galicia. Todavía dura, todavía en las costumbres que se conservan en este país puramente agrícola, se ve la huella de su antigua y fortísima dominación, todavía lleva la propiedad como signo de la pasada y aborrecible servidumbre, cargas onerosas, cuyo origen sube hasta estos amargos tiempos. La muchedumbre de casas solariegas que poblaban nuestro territorio, daba mayor poder a los magnates, lo fácil que era tener hombres de armas por lo numeroso de la población y la fertilidad de la tierra, los hacía más temibles y les alentaba en sus desmanes la impunidad de que gozaban, por ser a la sazón harto débil y escasa la autoridad real. Por eso se creían capaces de todo. Sus luchas con los árabes les aficionaban a las costumbres de la guerra, eran por su natural inclinados a la ocupación de las armas y además inquietos y ambiciosos, ¿qué extraño pues, que dejándose llevar de sus pasiones, hiciesen a Galicia teatro de sus mezquinas y sangrientas contiendas? Ellos mortificaron el ánimo de monarcas como Alonso el Magno, cuya gloriosa ancianidad afligieron dando ayuda al hijo rebelde, ellos se sublevaron contra el tercer Ordoño que logró sujetarlos, contra Sancho I que no fué tan dichoso, contra Ramiro III que tuvo que pasar por la humillación de que Bermudo, coronado en la catedral de Santiago y proclamado rey de Galicia, asegurase su poder en aquella célebre batalla, en que no hubo vencidos ni vencedores, pero donde ganó Bermudo la corona que los nobles gallegos habían puesto sobre sus sienes. Allí lograron por fin, monarca de la sangre y monarquía propia.

ALMANZOR

Sin embargo, estaba escrito sin duda que esta monarquía no había de consolidarse. Nuestros monarcas solían pasar de su corte de Santiago a la de León, y unir ambos reinos. Así sucedió a Ordoño, y así también a nuestro Bermudo, no sin que los mismos que lo habían alzado, tratasen inconstantes de derribarle del nuevo solio. Llegó su mala voluntad, sino a pedir ayuda a los moros, al menos a facilitar la entrada en Galicia al grande y terrible Almanzor. Mas, cuán caro pagaron su extravío! Taló el moro nuestros campos y destruyó las ciudades y por donde pasó, fué como torrente asolador que todo lo arrastra a su paso impetuoso, sin que tan fiero castigo les hiciese más cautos ni aquietasen por eso, unos ánimos nacidos para la revuelta. Por eso vemos renacer de nuevo la guerra civil en los días de Bermudo III y en la cual condes y prelados, los que le aborrecían y los que habían recibido de él largos y señalados favores, le fueron rebeldes y obligaron a sujetarlos por la fuerza de las armas. Es de presumir que las ingratas disensiones les trabajasen, rompiendo tal vez, en los momentos en que más se necesitaba, aquella imprescindible unión que se echa de menos en las tumultuosas sublevaciones de estos tiempos. Sólo así se explica cómo los monarcas leoneses les vencían, cómo siendo mayor territorio y más poblado, viviendo en un país cuyas altas montañas y agrestes desfiladeros, convidan a toda clase de resistencias, pudieron los nobles gallegos, a estar unidos por vínculo estrecho y leal, ser vencidos y subyugados por los que eran menos y peleaban fuera de su casa. Mas tal fué la suerte de Galicia: siempre la discordia deshizo sus huestes, siempre el mútuo recelo, la pálida desconfianza, la terrible sospecha, tuvo a sus hombres indecisos en los momentos en que era necesario obrar y malogró los mayores proyectos y fué vivo obstáculo para conseguir aquella deseada autonomía, que tanta sangre y tantos inútiles combates costó a nuestro país. Lección severa que es necesario recordar hoy mismo, pues iguales sospechas nos trabajan, y los deseos de los buenos, se estrellan siempre ante la poderosa malevolencia de los que todo lo posponen a lo que es suyo, o a lo que sirve a sus míseras y mezquinas ambiciones!

EL APOSTOL SANTIAGO

Fueron estos tiempos de guerra y turbación, fértiles, no sólo en grandes hechos, sino también en memorables prodigios. Si los moros vencen alguna vez a nuestros habitantes y talan estas hermosas y afortunadas campiñas, la fe de nuestros mayores halla como sagrado talisman, aquel cuerpo sagrado del Apóstol que había de ser desde entonces su patrono, su guía, su general, su salvador, en los momentos de peligro.

Todo, en tan divina leyenda, aparece revestido de la más maravillosa poesía.

En una pobre colina, cubierta de robles silvestres, al pie de la cual se extendía un informe burgo de los pueblos tamaricos, señales misteriosas, fuegos y estrellas resplandecientes, anuncian al obispo Teodomiro que allí se encontraba el sepulcro y cadáver del Apóstol. A tan gran hallazgo, respondió con su inmenso regocijo el pueblo gallego. El piadoso monarca asturiano corre a rendir adoración a los sagrados restos de aquel que había predicado el cristianismo en Galicia, funda la iglesia compostelana y con sus primeras donaciones, echa los cimientos de prosperidad y grandeza de una casa, que debía llamarse por los árabes la Kaaba de los cristianos, y ser visitada por reyes y emperadores, por santos y por artistas, por los más altos y por los más humildes, por los sin mancha y por los más grandes pecadores. Pronto la pobre iglesia de "tapeas de terra" se convierte en la suntuosa basílica labrada con mármoles, que bajo el reinado de Alonso el Grande, fué testigo de su piedad y muestra del arte de su tiempo. Si Almanzor la destruye, si los caballos de sus guerreros abrevaron en la pila del agua bendita y rumiaron su ración sobre los altares, si las campanas fueron transportadas en hombros cautivos, para ser suspendidas en la mezquita de Córdoba, no gimáis, pronto la mano de los obispos compostelanos la restaura, pronto Gelmírez la agranda y enriquece, hasta que poco tiempo después se logra concluir, siendo aún hoy testigo de la belleza del arte que la produjo, de la grandeza de aquel, bajo cuya potente y generosa inspiración se dió principio y del genio del artista que pobló el precioso "Pórtico de la Gloria", sin rival en su género, con multitud de figuras, sorprendentes por la viveza de su expresión, y la dulzura y candor que resplandece en sus rostros de piedra.

Contemos, contemos como nuestros padres, obedeciendo los impulsos de la fe que les guiaba, no sólo corrían a la frontera a defender la patria y extender sus dominios, sino que llenaban con las riquezas cogidas al enemigo, de iglesias y monasterios, el territorio gallego.

LOS MONASTERIOS

He allí que se levanta la pesada mole del monasterio en medio de un campo agreste, sepultada entre las montañas desapacibles, mientras el paisaje, ora risueño, ora sombrío, se extiende a su alrededor. A sus solitarios habitantes encomendaban aquellos tiempos el trabajo de romper la tierra inculta, de hacer que los hombres errantes tuviesen un punto a cuyo abrigo pudieran agruparse y levantar sus sencillas y rústicas viviendas. Por eso sucedió que allí donde faltaban las ciudades donde las villas habían desaparecido, el monasterio fué, como núcleo de una población, el germen de la riqueza de su territorio. Por primera vez resonaron en sus soledades el alegre ruido del trabajo, pronto el toro salvaje pastaba mansamente en las quebradas del valle, y la voz de la campana servía para llamar a los dispersos. El monje enseñaba con el ejemplo, a los siervos a amar el trabajo, al noble a buscar en la tierra riquezas mayores y más reales que las que daba el botín. Día y noche estaban abiertas las puertas del templo; brillaba, ante el sencillo altar románico, la lámpara de cobre, símbolo de la vida y la eternidad, mientras la monótona salmodia resonaba bajo las bóvedas, e iba de arco en arco extendiéndose grave y solemnemente. Todo respiraba allí la paz de aquellas almas y la naturaleza que las rodeaba, parecía impregnada de tan santa tranquilidad. Esto inducía al hombre y le inclinaba a la meditación, haciéndole amar los trabajos de la inteligencia. Rosendo, escritor místico, Pedro, el dulce autor de la "Salve Regina", ese hermoso himno que no dudaron algunos en atribuirlo a los ángeles, tan tiernamente se habla el lenguaje de los cielos! Froylán, que llevaba consigo sus libros en sus peregrinaciones, todos habían vestido el hábito negro de San Benito, todos habían soñado, en medio de agrestes soledades, con las celestiales visiones de que estaban pobladas.

Es indudable que, — sean las causas que quieran, las que a ello hayan contribuido poderosamente, — a los monjes se debió en aquellos tiempos toda civilización, como lo es también, que Galicia, tan lle-

na de monasterios, debió de ser necesariamente uno de los países más civilizados. Eralo en efecto, y todo: el arte, la ciencia, la literatura de aquellos días amargos, viene a probárnoslo de manera fehaciente. Los escritorios de nuestros monasterios estaban animados por la muchedumbre de "scriptores", que se entregaban contentos a la obscura, pero meritoria obra de la copia. Monjes extranjeros venían desde lejanos países, a buscar y copiar aquellas obras de que carecían y de que eran ricos los monasterios gallegos. Débiles mujeres, como Leodegundia, no dudaban un momento en entregarse a tan penoso trabajo, y monjes como Trasmondo de Samos, en ayudarlas en su santa tarea.

LAS ORDENES DE CABALLERIA

Pues hablamos de hombres de buena voluntad y hablamos de aquellos que no creen inútil hacer el sacrificio de sí mismos en aras del bien común, es imposible que nos olvidemos de recordar lo que se debe a los que, con escaso poder y en medio de las turbaciones de la guerra, abrían caminos, fundaban hospederías, y se ofrecían voluntarios, a ser ayuda y amparo de los infelices e indefensos caminantes. Contraste consolador! nunca es mayor el sacrificio del hombre por la humanidad que cuando ésta se halla más afligida y tiranizada por el hombre! Por eso, nunca las asociaciones piadosas fueron más útiles, por sus desvelos y sacrificios sin límites, que en los tormentosos tiempos de la edad media, como para probarnos que jamás el sentimiento de la humanidad perderá sus derechos e imperio sobre nuestro corazón. Es una nueva gloria que tenemos que reclamar para Galicia, el que antes que las órdenes de caballería empezasen en Europa a ejercer la noble misión de favorecer y dar ayuda al débil y menesteroso, ya nuestro país conocía sus "Caballeros de la Espada", que recorriendo el abierto camino francés, y asistiendo en las hospederías y hospitales, que fundaban a lo largo de este camino, a los peregrinos y viajeros, eran el único amparo que hallaban éstos y los que con riesgo propio les socorrián contra los árabes y malhechores, les asistían y cuidaban y hacían cuanto estaba en su mano por endulzar las penalidades de tan áspero viaje. Origen y fundamento de la poderosa "Orden de Santiago" — que también tuvo sus principios en Galicia — fuélo asimismo de aquella otra "Hermandad de Cambiadores", que facilitaban a los peregrinos el cambio de monedas, pues los Caballeros de la Espada,

a todo atendieron desde el primer momento de su fundación, protegían al peregrino en su viaje, proporcionábanle posada y cuidaban de que la avaricia no explotase su necesidad e ignorancia de las cosas de la tierra que visitaban.

A la nobleza gallega se debe tan laudable empresa, gloria que lava muchas manchas que empañan su pasado. Todavía al expirar la época feudal y cuando mayores eran las tiranías y desórdenes de los nobles y como si en ellos fuese tradicional cuidar de que los peregrinos nada echasen de menos, hallando en nuestra tierra aquella ayuda y amparo de que venían necesitados y que tal vez faltaba a los naturales, el primer conde de Monterrey, Don Sancho de Ulloa, fundaba y dotaba espléndidamente nuevos hospitales en el camino francés, como si quisiera, con esto, borrar de la memoria de los tiempos el recuerdo de sus desmanes y ambición.

EGOISMO DE LOS HIDALGOS GALLEGOS

Llegan ahora los tiempos en que más cerca estuvo Galicia de que sus votos más ardientes, sus más incesantes aspiraciones se cumplieren, logrando al fin la anhelada independencia y autonomía. Tres veces, en menos de un siglo, pareció estar a punto de conseguirlo, tres veces, en que las tiranías de sus nobles, la muerte o la fortuna del príncipe gallego hicieron vacilar el nuevo reino y caer por último para no volver a levantarse; que si hay alguna verdad que se muestre siempre inalterable y en el fondo de los sucesos se revele constantemente en nuestra historia, es la de que a los nobles gallegos nada debe Galicia, más que sus antiguos males y su postración de siempre, sin que en sus aspiraciones lograsen nunca consolidar un poder fuerte y poderoso, pues ellos, que debían ser su amparo y protección y sostén más seguro, eran los primeros en conmoverlo hondamente. En sus corazones no se oía más voz que la del interés, y desgraciado país aquel en que sus hombres no piensan más que en el propio engrandecimiento!

MONARQUIA GALLEGA.

Fernando I, monarca digno del dictado de "el Grande", como le apellidaron en su tiempo, se distinguió por el amor que tuvo a Galicia. A la iglesia compostelana venía a pedir auxilio al Apóstol antes de entrar en campaña con los moros portugueses y de nuestro país sacaba sus mejores soldados. Por eso, cuando Coimbra abrió sus puertas al ejército cristiano, entraron al lado del rey los obispos de Santiago,

Mondoñedo y Lugo, y el abad de Celanova. Aseguran algunos que un peregrino anunció proféticamente en Compostela, la rendición y toma de la ciudad portuguesa y que el ruido de esta victoria resonó dulcemente en el corazón de Galicia, que tenía allí sus mejores hijos, sus soldados más valerosos, pero de lo que no se puede dudar es de que Fernando amó nuestro país, que tan propicio le había sido siempre, y dotó, con mano pródiga aquella misma Iglesia de Santiago en donde tantas veces había pedido auxilio al Apóstol y en cuya ciudad había nacido su hijo Alonso, el más querido de su corazón y que debía más tarde ceñir la corona. A su muerte, llorada de todos, divide sus estados entre sus hijos, y da a Don García, el más joven de ellos, el reino de Galicia, y he aquí como este país alcanza al fin la suspirada autonomía, sin deberlo a las antiguas revueltas, sino a la pacífica cláusula de un testamento.

Dueño Don García de este antiguo reino, se hace coronar en la Iglesia de Santiago y escoge por corte, según asegura la tradición, a la hermosa Ribadavia, situada en un terreno fértil y en medio de una risueña encañada, por donde el Avia desliza sus ondas tranquilo y majestuoso. La historia de su breve reinado nos es desconocida. ¿Qué hizo en Galicia Don García? ¿emprendió guerra alguna con los moros portugueses, o se entregó a las dulzuras de una vida quieta y pacífica? Esto último parece lo más cierto. Sin embargo, no gozó en paz su reinado, pues ni dejó de oírse la voz de la guerra civil, ni aquél, que no podía olvidar que corría por sus venas la valerosa sangre del primer Fernando, dejó de desnudar su espada en más de una ocasión. Sublevósele un conde portugués y tuvo que batirlo, y los nobles gallegos asesinaron en su presencia al privado a quien tanto amaba.

Parece, sin embargo, que no era Don García el más a propósito para echar los seguros cimientos de su poder.

Desgraciadamente para él, toda monarquía que empieza, requiere, si ha de lograr vida próspera, que su fundador sea un brazo de hierro, un ánimo esforzado, un hombre incansable, que sea guerrero afortunado y político previsor, que se capte toda simpatía y sepa estrechar cuantos lazos puedan ligarle fuertemente a la suerte del país cuyos destinos rige. Ninguna de tan necesarias cualidades tenía este príncipe.

No hay memoria de que tratase de hacerse amar de sus vasallos, de hacer más próspera la suerte del país, de echar en fin sólidos funda-

mentos al trono heredado. No la hay tampoco de que sus vasallos sintiesen su pérdida y tratasen de volverle los dominios usurpados por su hermano. No comprendió que tras la ambición de Don Sancho y el destierro de Don Alonso, podía estar la pérdida de su corona y la de su libertad, no comprendió que cuanto más fuerte fuese en Galicia, cuanto mayor fuese el amor de sus súbditos, tanto menos riesgo corría. Su indolencia o la juvenil impericia, le dió una seguridad que no debía abrigar y sólo conoció su error, cuando despojado del reino por aquel Alfonso, que pasando del destierro al solio de León y Castilla y abrigando las mismas ambiciones que Don Sancho, no tardó un momento en unir a su corona el reino de Galicia y poner bajo su cetro, los estados que su padre había gobernado juntos.

Así se perdió la ocasión más propicia de fundar la monarquía gallega!

EL CONDADO DE GALICIA

El afortunado Alfonso, aquel príncipe glorioso, que había sido bautizado en la basílica compostelana, empuña el cetro que debía ilustrar con tantas victorias como alcanzó durante su larga y gloriosa existencia. No vamos ahora a recordarlas, sólo diremos que este monarca que había echado por tierra la autonomía de nuestro país, se la devolvió en aquel momento en que, bajo el nombre de condado, dió estas tierras en dote a su hija Doña Urraca, casada con el conde francés Don Ramón de Borgoña. Renacían así los días de nuestra independencia, pero renacían con su eterna desgracia. La muerte de Don Sancho, en la infausta rota de Ucles, puso la corona de Castilla en las sienes de la ya viuda princesa. El infortunado padre, tuvo que llorar a los últimos de su vida aquella desgracia, gritando en lengua gallega, gimiendo y mesándose: "Dademe o meu fillo, condes" sin que éstos pudiesen aliviar el profundo dolor del afligido y anciano monarca.

Con el advenimiento de Doña Urraca al trono castellano, en unión con el rey de Aragón, D. Alfonso, parecía que la mayor parte de los estados cristianos de España, iban a reunirse y quedar bajo la mano enérgica y poderosa del "Batallador". Pero no sucedió así, no había llegado todavía la hora providencial de la unión de ambos estados, era entonces cuando el poder feudal se halaba en su mayor apogeo y ni la reina de Castilla ni el monarca aragonés estaban dotados de las

eminentes cualidades que necesitaban para sacar el natural fruto de unión tan ventajosa. Al carácter tornadizo de la princesa, se oponía el áspero, rudo y soberbio del de Aragón, al sentimiento de dignidad de Doña Urraca, eran ofensivas palabras y hechos de su marido, a la ambición de éste no cuadraba que una débil mujer osase ejercer actos de soberana, ni a la altivez de leoneses y castellanos, que el aragonés pusiese la mano en la hija de sus reyes. Tenía esta algo del varonil aliento de su padre y no temió desafiar las iras de su marido a quien aborrecía y de quien no era amada, quiso vengar las afrentas recibidas y no la detuvo ninguna consideración. Así, pues, no contenta con separarse y levantar sus huestes contra el irritado esposo, trató con acertado consejo de que Galicia proclamase rey de este territorio a su hijo, para que así la confusión fuese mayor, mayores los auxiliares y mayores también los enemigos contra quien tendría que combatir aquel a quien su siglo dió el sobrenombre de "El Batallador".

Pero se criaba en Galicia el niño Alfonso Raimundez: las últimas disposiciones de su abuelo, le hacían señor y monarca de esta tierra y vivía y estaba de su lado uno de esos hombres, que por sus talentos, por su energía y hasta por su ambición, son llamados en tales momentos a llevar a puerto seguro la nave que se pone en sus manos. Este hombre era D. Diego Gelmírez, gallego insigne, primero secretario de D. Ranón de Borgoña, después obispo, más tarde primer arzobispo de Santiago y siempre señor y dueño de la suerte de Galicia.

GELMIREZ.

Entre tantos grandes hombres como cuenta Galicia no hay ninguno que como él, haya amado más nuestro país, que más tratase de engrandecerlo, que más alto haya levantado nuestro nombre, que más hiciese por ensalzarle y ennoblecerle. Faltáronle los que más obligados le estaban, faltóle su misma ciudad de Santiago, tal vez porque pecaba, en lo que muchos hombres de estado pecan, esto es, de dureza de corazón. Sin embargo, en el cuadro glorioso de su tiempo campea siempre poderosamente su figura. En buena hora que los castellanos afligidos con el espectáculo de aquella reina, que los sumió en los horrores de las revueltas intestinas, deseen borrar de su historia las tristes páginas de este reinado, nosotros no podemos imitarlos. Si hubo días prósperos y afortunados para Galicia, fueron los de Gelmírez. Riqueza, arte, poe-

sía, poder, todo tuvimos entonces y Gelmírez es hoy la encarnación de nuestras glorias de aquellos tiempos.

No se puede recorrer Galicia sin hallar en todas partes evidentes señales de la riqueza y prosperidad del país gallego, en los días de aquel prelado: la mayor parte de nuestras mejores iglesias datan de época tan venturosa y en esos libros de piedra abiertos a todas las miradas podemos leer cuanto cal'an las historias y callan los documentos. Las revueltas de los burgueses compostelanos — de los primeros a reclamar sus derechos — prueban cuáles eran sus riquezas y su ilustración. Todo cuanto es de aquel tiempo nos habla con igual elocuencia, de la prosperidad de la patria y de los cuidados del prelado, quien envuelto en el tumulto de una continua guerra, ya vencedor, ya prisionero, parece imposible tuviese tiempo para ocuparse de los negocios que le rodeaban. El mismo cielo le concedió una larga existencia, como si conociese que era necesario para el bien de nuestro pueblo. Había recorrido la Francia y visitado Roma y amaba como hombre espléndido las dulzuras y magnificencias del arte. Nada hacía a medias. La basilica compostelana a quien sublimó y quiso hacer primada de España, se empezó bajo sus auspicios. ¡Ah! que no podemos callar, que todo en este hombre especial llevaba el sello del íntimo amor que profesaba a su patria y en el cual todos le eran inferiores. El mismo Alfonso VII, de quien Santiago no debía esperar semejante humillación, hizo primado a Toledo! Alonso, que había nacido en Galicia, que en Santiago había sido coronado, que debía el reino a los gallegos y a Gelmírez a quien humillaba! ¡Y llaman ingrato a Gelmírez!...

Restableció la enseñanza, dió fueros a los burgueses de Santiago, formó una escuadra, fortificó la ría de Padrón, llamó a su lado a sabios extranjeros, a artistas ilustres, y protegió y se rodeó de cuantas personas de talento e ingenio conoció en su patria. En el momento en que un hombre hace todo esto, tiene derecho al reconocimiento de sus conciudadanos y se pone al nivel de aquellos a quienes distingue. Pudo Mecenas no escribir los dulces versos de su amigo Horacio, pero nadie puede dudar de que sabía amarlos, y esto es bastante para su gloria.

Tal era el hombre a quien Doña Urraca llamó en su auxilio contra el de Aragón.

ALFONSO VII.

Como hombre inteligente y astuto y activo acertó Don Diego a conjurar todos los peligros y después de coronar por rey de Galicia al niño Alfonso y levantar banderas por él, corre con sus huestes a auxiliar a Doña Urraca y a salvar la nacionalidad castellana. No le ayudó la fortuna en el primer encuentro, eran bisoñas sus tropas y las del "Batallador" acostumbradas al vencimiento, pero supo hacer menos trascendental su derrota, huyendo con aquel a quien acababa de coronar como rey y señor de Galicia. Hasta aquel día era el infante deudor a Gelmírez solamente de la corona, desde aquel momento le debió la vida y el imperio.

Entró Galicia en la lucha cuando más poderosa y rica se hallaba y cuando más necesitada estaba del descanso para florecer. Fué esta la última vez que nuestro país peleó por el propio monarca y su deseada autonomía y esta vez como todas el triunfo de Galicia entrañó en sí mismo la derrota. Pronto el que había sido coronado por primera vez en Santiago y que se había alzado en hombros de los caballeros gallegos, cidió las tres coronas y dió al olvido entre las pompas de su corte de Toledo, no sólo la patria ausente, sino también a los hombres a quienes debía el poder. Sin Gelmírez y sin Galicia, Alfonso VII no se llamaría emperador, ellos le libraron de las asechanzas del de Portugal y de las francas y resueltas ambiciones del aragonés, pero tuvieron que devorar en silencio la ingratitud del nuevo monarca. Nada le mereció su patria, nada tampoco el hombre extraordinario a quien todo lo debía. Si de algo debe alegrarse Galicia, es de que el séptimo Alfonso, ilustrase con sus victorias el nombre que llevaba: esto es bastante, para una madre a quien jamás deben ser indiferentes los triunfos del hijo querido, siquiera sea el más ingrato de todos.

No queremos decir con esto que todo se le deba a tan gran prelado, no; el impulso venía de atrás. Desde el siglo X, Galicia se entregaba contenta al trabajo de su regeneración y cuando en tiempo del primer arzobispo compostelano se mostró pujante y dueña de sí misma, pudo éste infundirle el poderoso aliento de su actividad. Era la de Gelmírez sin límites, así le vemos atender con mano verdaderamente pródiga a las mayores obras que entonces se levantaban en nuestro país. Son suyas la colegiata de Sar y el monasterio de Conjo, la catedral y las casas arzobispales, fábricas todas dignas de su gran munificencia.

Pueden otras provincias de España gloriarse de poseer los más preciosos monumentos del arte gótico, Galicia responde que tal vez ninguna otra puede presentar, ni más ni mejores que los que ella posee de la última época románica. En pie se hallan aún casi todos y los grandes pórticos del siglo XII poblados de infinitas figuras abundan de tal modo, que se comprende sin esfuerzo, qué época en que tantos y tan espléndidos edificios se levantaron, debía ser rica y floreciente. Si los monumentos son los signos más evidentes de la ilustración y riqueza de un país, puede asegurarse desde luego, que durante los siglos XIII y XIV, Galicia durmió en el más profundo sueño o vivió en la más triste de las pobreza. El arte ojival apenas existió para nosotros, nuestro arte fué el románico, con la catedral compostelana y el no terminado portal del palacio del arzobispo, acabó nuestro arte. Es natural, había acabado también nuestro poder, nuestra vida.

La Coruña, aquella gran ciudad de los antiguos tiempos, reducida a un informe burgo vió levantarse en su suelo cinco iglesias, probando así que en tales días no era tan pobre, ni tan escasa de pobladores como se cuenta, Betanzos su iglesia de Santa María, con un pórtico rival del de la Gloria, Bayona su colegiata, Cambre su casa de los caballeros del Temple, Moraimo su priorato. Orense su catedral; mas ¿a qué enumerar todos aquellos monumentos en que el arte románico expirante, pero rico de ornatos, parece anunciar el advenimiento del ojival? Fué aquello como el último y poderoso esfuerzo: aún hoy no se puede pasar bajo los arcos de nuestras viejas iglesias, sin que el ánimo se vea presa de la más honda y amarga tristeza, pues nos hablan de un tiempo que parece no debe volver para nosotros.

SIGLO XII.—MODIFICACION DE LA SERVIDUMBRE.—LOS FOROS.

Así como durante el período visigodo se conservó la tradición romana, en lo que tocaba al estado de las personas y en los primeros tiempos de la reconquista, la visigótica, así al alborear los primeros días del siglo XII hallamos viva y latente la misma dura y oprobiosa división de clases que afligió a la monarquía asturiana. Habíanse, sin embargo, aflojado algún tanto sus lazos y una nueva era de felicidad se abría para aquellos infelices hombres del trabajo que, pasando por todos los grados de la esclavitud, habían llegado por fin a la condición de foreros, tan cercana de la ingenuidad. Hízose así el hombre libre,

por más que quedase esclava la propiedad. que en Galicia lo está todavía. Desde tan feliz momento pudieron considerarse los siervos, más que como llevadores de la tierra, como súbditos, y mirar los pechos y demás cargas que pagaban, como impuestos, mucho mejor que como renta del suelo.

Habían logrado las clases agrícolas su más preciosa conquista. desde aquel afortunado momento en que ya no se consideró a sus individuos como ligados a la tierra, desde aquel momento en que, como foreros, podían mudar de señor y romper el lazo oprobioso de la adscripción. Cúpole a Galicia la suerte de ser de los primeros pueblos que conocieron esa grata modificación de la servidumbre. Poblándose León con gallegos se advierten en su fuero, los cuidados que el legislador mostró por los "mancebos foreros", señal de que eran muchos los que de esta clase componían la nueva ciudad, señal de que sus derechos y obligaciones necesitaban ser declarados por la ley, señal también de que en Galicia era harto general esa condición. Contribuyeron a extenderla entre nosotros, causas poderosas, en especial la gran fundación de monasterios benedictinos que desde su principio ejercieron en nuestro suelo y en el siglo XII una benéfica y decisiva influencia.

Desconocida casi la industria y el comercio, la única riqueza venía del suelo, por eso los monjes pusieron empeño en fomentarla. Conocieron que la servidumbre no era a propósito para la producción y trataron de hacer al trabajador participe de los beneficios para interesarle en el cultivo. Llenaron de esta manera la doble misión que les imponía su carácter de señores del suelo y de hijos predilectos de Cristo, que condenaba la servidumbre. Dieron, pues, libertad al hombre, le levantaron de su abyección, rompieron el anillo de hierro que le sujetaba a la tierra y así como la esclavitud fué herida de muerte por Jesús, así la servidumbre lo fué en nuestro país, por los que seguían sus doctrinas. A ellos, pues, se les debe el foro, ese contrato especial que hizo del siervo un hombre y más tarde un casi propietario. Si ellos no crearon ese contrato, al menos lo extendieron de una manera prodigiosa. A él debió Galicia su prosperidad, como hoy le debe su decadencia y postración, pues lleva en sí el sello de la servidumbre, en medio de la cual nació y que repugna y rechaza nuestro tiempo. Contrato singular que no posee otro pueblo más que aquel cuyas semejanzas con Galicia son tan grandes y hemos señalado más de una vez,

la Bretaña, en donde como aquí, hay quien le bendice y quien le execra, quien le cree fuente abundante y quien árbol estéril que ya nada bueno produce.

EL MUNICIPIO Y SU SIGNIFICACION HISTORICA.

Coincidió con la propagación de los foros, la preponderancia de los municipios. Hijos éstos últimos, del espíritu de resistencia que animaba a las clases no privilegiadas, tenían aquella inquebrantable fortaleza necesaria para resistir sin doblarse a los continuos combates de sus enemigos. Si grande parece esta institución cuando se la ve luchar contra los poderosos, más crece la admiración, si se considera que eran los siervos de ayer, los que defendían con un tesón sin igual los fueros e inmunidades de que gozaban.

Su derecho a enviar procuradores a las cortes castellanas les fué precioso, así se oyeron algunas veces las quejas de los villanos gallegos, bajo el mismo techo en que se reunían los próceres y preladados, cuyos desafueros publicaban demandando su remedio o su castigo. Nuestra desgracia quiso que las ciudades y villas de Galicia no fueron tan celosas como debieran en la conservación de tan gran privilegio: cosa extraña en unos tiempos en que, dejar de ejercer un derecho una sola vez, equivalía a perderlo. Así es cómo se explica el silencio que los "Cuadernos de Cortes" guardan respecto de nuestro país, no parece sino que en aquellas asambleas no tenían entrada los procuradores gallegos. ¡Ah! ¡cómo se comprende la fidelidad de Galicia a Don Pedro de Castilla, cuando se advierte que las cortes celebradas en su reinado son casi las únicas que se ocupan de este infortunado país!

Dominado por una nobleza cruel y tornadiza, a quien un historiador de aquellos tiempos llama asimismo avara y ambiciosa, mal podían resistirla y sacar incólumes sus derechos municipales. En vano la campana del concejo llamaba a sus habitantes a la defensa de las inmunidades de que gozaban, dentro de la misma ciudad se albergaban sus enemigos, que fuera y dentro, tras de los muros y en campo descubierto, siempre se hallaban pronto a olvidar sus querellas ante el peligro común. No quedaba, pues, a los villanos otro recurso que unirse también, tomar gentes a sueldo, levantar banderas y ya que la ley no era bastante para protegerlos, acudir a la fuerza, única capaz de hacer que se respetasen sus fueros, sus libertades y franquezas. Tal fué el origen de las hermandades.

LAS HERMANDADES

Vasto es el cuadro que se presenta ahora a nuestra vista, complicados los sucesos, difícil su relación. No son ya las vicisitudes de la guerra contra los infieles, no son las entradas devastadoras de Almanzor, ni las terribles de Gundredo, las que tenemos que describir, son sí, las guerras intestinas, las contiendas entre noble y noble, entre vasallos y señores, entre caballeros y prelados. Guerras de ambiciones que enciende el odio y que la paz no sella por completo, guerras sin piedad, en que ni se olvidan los agravios ni dura el perdón, ni se acallan nunca las pasiones que les dieron vida. Durante dos siglos se vió molestanda la sociedad gallega por esta clase de contiendas, durante dos siglos en que el poder feudal no sólo hizo el daño que pudo, sino que se opuso a todo adelanto, como lo prueban sus peticiones en las cortes de Burgos. Estorbábanles las nuevas pueblas y pidieron que se prohibiesen, ambicionaban mayores riquezas y poder y pusieron sus miras en las tierras y posesiones de nuestras catedrales. Para lograrlo solían ayudarse de los concejos, y Lugo, Santiago, Tuy y Orense vieron más de una vez rotas las puertas de su templo, manchados de sangre los altares, hecha fortaleza y teatro de la contienda lo que era mansión de paz y misericordia. Sin embargo de esa alianza, muchas veces hecha y rota otras muchas, ni les amaban sus vasallos a quienes abrumaban con toda clase de impuestos y tiranías, ni preferían los demás su dominio al de los prelados. Lo que querían los concejos era que, si habían de mudar de señor fuese éste el rey, en quien tenían puestas las miras como en su única esperanza.

Juzgaban su yugo como más ligero y aún hubo monarcas que lo dieron a entender así, imponiendo en cierta ocasión, a un pueblo de Galicia, por todo tributo, un ramo de flores como señal de vasallaje. ¡Hermosa, poética, exacta imagen, que les daba a entender lo ligero y fácil que era entonces para lo pueblos el dominio real!

Fué constante en este reino la resistencia de los concejos a los señores, pero debe advertirse que si es más obstinada y más grande en las ciudades episcopales, se debió a que eran éstas las más poderosas entre cuantas conocían el yugo feudal. La Coruña era libre, lo eran Pontevedra y Bayona, Betanzos y Rivadeo, todas villas marítimas, ricas y florecientes. Ellas sostuvieron con energía su independencia, cerraron sus puertas a los poderosos y proclamaron que no querían ser más que del Rey.

GUERRA CIVIL

En estas luchas contra los nobles no eran éstos tumultos aislados y sin concierto, ni habían dejado de ser precedidos por otros que anunciaban desde lejos los postreros peligros. Tuy se sublevó contra su obispo, el célebre historiador D. Lucas; Orense vió arrojado al Miño a uno de sus prelados; Santiago muerto a Don Suero de Toledo y Lugo a su obispo Don Lope. Perecieron todos a manos de los nobles que habían sabido antes levantar contra ellos los concejos de sus ciudades y ayudados de la fuerza popular y socolor del bien público, en que todas las ambiciones se escudan, intentaban abatir un poder que les hacía sombra, un señorío más alto que el que ellos ejercían. Los mismos adelantados les ayudaban en la empresa y pues, ¡cosa notable! no habían podido agrandar ni hacer florecientes ninguna de las miserables villas en que imperaban, querían apoderarse de aquellas otras que, o por las libertades propias, o por un más humano señorío, habían alcanzado una prosperidad digna de envidia. Relegados a sus posesiones de campo, encerrados en sus fortalezas, temiendo a cada instante el ataque del vecino más poderoso, veían despoblarse sus dominios, yermarse la tierra y huir los vasallos a quienes abrumaban con multitud de impuestos y sobre los cuales cometían toda clase de tropelías. ¡Oh! ¡con qué terribles colores pinta la suerte de Galicia la "Carta" que dió en Lugo Alfonso XI! ¡Cómo nos da a conocer el profundo malestar del país y las causas que habían traído a los campesinos a tal estado de miseria y postración! ¡Muy grandes fuentes de riqueza encierra este país, cuando no sucumbió bajo el peso de dos siglos de tales guerras y de tales desgracias!

Vinieron a aumentarlas las disensiones civiles que tuvieron lugar en el reinado de Don Pedro y las guerras con Portugal a que dió origen el advenimiento del "de las Mercedes". Sediento de justicia este país, como no debía amar a aquel a quien más tarde llamaron el "Justiciero", ¡abatido por las tiranías de sus señores, como no ser fiel al que pretendía abatir el yugo feudal! Así sucedió. Galicia amaba ya en don Pedro al hijo de aquel Alfonso XI a quien tanto debía, amóle después que ocupó el trono y le fué fiel aún después de su muerte. Muchos de nuestros nobles siguieron su partido y célebres se hicieron entonces un Men Rodríguez de Sanabria, un Sueyro Yáñez de Parada, un Don Fernando de Castro, hermano de Doña Juana reina de Castilla

hermano también de aquella tan hermosa como desgraciada Doña Inés, cuya muerte infortunada inspiró los más dulces versos del gran poeta lusitano, el inmortal Camoens. No le faltaban al "Bastardo" partidarios, siendo el mayor de todos aquel Fernán Pérez de Andrade su compañero de armas, a quien Nuño de Andrade su padre, dijo aludiendo a la generosidad de Don Enrique: —"¡Se bóo que bon compañeiro levas!"

Ardió la guerra civil, fué Don Suero de Toledo víctima de ella y de los rencores de sus enemigos y cuando Don Pedro pereció en Montiel a manos de su mismo hermano, Galicia abrió sus puertas al rey de Portugal, que intentaba coronarse en Castilla. Entregáronsele Tuy y La Coruña — en cuyas ciudades batió moneda para pagar sus tropas — Redondela y Bayona, Santiago y Lugo que las tenía Don Fernando de Castro, hasta que derrotado éste, busca asilo en Inglaterra con Sueyro Yáñez de Parada en donde murió, mereciendo que una mano ajena a los rencores de los partidos pusiese sobre su sepulcro: "Aquí yace la lealtad española".

Termina por el pronto la lucha, confirma Don Enrique a La Coruña todos sus buenos fueros, aquíétanse los ánimos y parecía a muchos que la paz no podía ser ya turbada. Sin embargo, ni los parciales de Don Pedro habían perdido sus esperanzas ni Galicia entibado su amor por aquel monarca digno de mejor suerte, de mejores tiempos y de mejor cronista. Todos recordaban que en Inglaterra vivía su hija Doña Constanza, todos esperaban lo que sucedió aquel día en que desembarcando en La Coruña el duque de Lancaster, se proclamase rey de Castilla. No pudiendo desembarcar en aquel puerto, gracias a los esfuerzos del de Andrade, se corre hacia Santiago que se le entrega y entra en Orense en donde parece estableció sus cuarteles. Allí tuvieron lugar las célebres conferencias de que hablan los historiadores y allí también fué donde se concertó el casamiento de la hija del de Lancaster con el que había de ser más tarde rey con el nombre de Enrique III. Apaciguadas estas discordias, restablecida digámoslo así, la sucesión legal de los reyes castellanos, volvió Galicia a su acostumbrado aislamiento, volvieron a resucitar las apagadas contiendas, los nobles a asegurar sus dominios, los pueblos a pedir la confirmación de sus fueros, los prelados a levantar los castillos destruidos por los concejos durante las pasadas revueltas y no parece sino que conociendo unos y otros que se acercaban los días en que debía librarse la gran batalla entre los

señores y sus vasallos, entre la tiranía y la justicia, se preparaban de antemano para la larga y dolorosa lucha que debía presenciar nuestro país, antes de que los Reyes Católicos pusiesen en la balanza en que se pesaban sus destinos, el peso de sus soldados y la severidad de sus jueces.

LA CULTURA GALLEGA EN EL SIGLO XV

No fuimos tampoco más felices en la literatura que en el arte. En buena hora que el rey Sabio y los trovadores castellanos escribiesen sus versos en gallego: esto no prueba otra cosa sino que nuestro dialecto se halló más pronto que el castellano en disposición de servir como lengua literaria. Ella fué de las primeras en que se expresaron los sentimientos de una raza propia para soñar con las dulces vaguedades del amor. Es ésta una cuerda que siempre tiene sonidos agradables a todos los pueblos y que no faltó jamás a nuestros poetas. Tal vez los trovadores castellanos empezaron por imitarles en esto, tal vez para imitarles mejor emplearon una lengua que les permitía expresar con mayor dulzura, ternezas que estaban negadas al habla, todavía áspera y ruda, de los "Cantares de Gesta". Hay más todavía, si se estudian ambos idiomas en los primeros días de su formación, se ve claramente que es el gallego el hermano mayor del castellano. La historia lo explica bien fácilmente: la comparación entre ambos romances en la época de su formación, también. En vano será sonreír con desdén y que el orgullo de otras provincias llame grave error a lo que para nosotros es una teoría harto admisible, que aunque ello no fuera cierto, ni amenguarían por esto nuestras glorias ni nuestro dialecto perdería nada de su dulzura y riqueza.

Han pasado por fortuna aquellos tiempos en que los autores se creían obligados a buscar en su patria la fuente de todos los conocimientos y adelantos. Hoy no se rinde culto a tan locas vanidades. La verdad histórica fría, desnuda, imparcial, la verdad que no tiene patria reparte con mano leal y justiciera a cada uno su parte de gloria y en vano será demandarla para halagar la vanidad de los pueblos; ella se niega a semejante profanación. Devolvamos, pues, a Galicia las que le pertenecen, a esto estamos obligados como hijos y como historiadores: y si es verdad que la más pronta posesión de un idioma capaz

de servir a las necesidades de una literatura naciente es prueba de una mayor suma de civilización, Galicia puede reclamar esa gloria. Puede reclamar también la de haber conocido antes que sus hermanos de Castilla una poesía vulgar, sin que con ello querramos decir que de nosotros tomaron éstos algo más que el ejemplo. Sabemos demasiado que a los pueblos a quienes no falta vitalidad, hallan en sí mismos la verdadera fuente de su inspiración y no diremos así, que el origen de la poesía castellana estuvo en nuestro país. Los nombres de algunos trovadores del siglo XIII y ciertas palabras halagüeñas para Galicia, fueron bastantes para que sobre ellas se levantase la gran torre de aquellas pretensiones, castillo fabricado en la arena a quien un leve soplo derriba. La verdad es que se necesitó que llegase el siglo XV para que aquí se oyese la voz de algunos verdaderos poetas, entre los cuales descuellan el siempre llorado Macías, su amigo Rodríguez del Padrón y Gómez Pérez Patiño, cuya musa se apagó entre las revueltas de las Hermandades. Mas ya lo hemos dicho, ni es posible que la poesía pierda su culto por completo en pueblo alguno, ni que la ciencia deje de tener sus dulces admiradores, ni en los momentos de su mayor decadencia. Testigo de esta verdad es Galicia que vió brillar en Italia, en estos días, a Bernardo y Gregorio celebrados canonistas, a Balboa gran reformador de la orden franciscana, a Pelagio su discípulo. Resonó en el Concilio de Lyon la voz de Arias Vázquez, en el de Basilea la de Don Alvaro de Isorna, en el de Salamanca la de Don Rodrigo de Padrón. Fueron admirados y ensalzados, como lo fué en Castilla aquel egregio varón Arias Balboa, jurisconsulto, a cuya decisión se sometieron los más graves y más árdulos negocios de su tiempo. Esto basta para nuestra gloria. Cuando un pueblo entregado a todos los horrores de la tiranía feudal y de las guerras que engendraba produce tan señalados hijos, puede decirse que es campo feraz en que toda semilla fructifica. Advirtamos sin embargo, que todos ellos florecieron fuera de Galicia y que sólo a mediados del siglo XV fué cuando pudimos presenciar un verdadero renacimiento literario. Por eso cuando Rodríguez del Padrón, en su "Siervo libre de amor", reviste con la forma caballeresca un asunto casi religioso pero eminentemente local y canta bajo el nombre de Ardanlier, al Apóstol Santiago, escribe en gallego Ruiz Vázquez su "Crónica iriense" de la misma manera que Vasco de Aponte narra más tarde en el dialecto de su país, las sangrientas guerras de las hermandades, en las que tal vez tomó parte

como soldado y describió como sincero historiador. Con ellos renace el arte ojival y los conventos franciscanos y dominicos son los primeros a adornarse con todas las galas de aquella arquitectura que, como el canto del cisne, fué más hermosa en sus postreros días.

No fué el siglo XV ni más afortunado ni más pacífico que los dos anteriores. Seguía latente el mal que devoraba a Galicia y la perenne fuente de sus desgracias, pues los desatentados señores no oían más voz que la de su codicia, ni más ley que su voluntad.

GALICIA EN EL SIGLO XV

Estaba Galicia en poder de cinco grandes señores, a cuya cabeza se hallaba el poderoso conde de Lemos, hombre activo y osado. Todos ellos tenían sus aspiraciones a ensanchar sus dominios y apoderarse de ciertas villas y ciudades que por cercanas o por enclavadas en sus tierras parecían tener ya sobrado derecho a tomarlas para sí. Quería el de Andrade a Ferrol, el de Camiña a Bayona. Trataba este último de enseñorearse del obispado de Tuy, Pardo de Cela del de Mondoñedo, Lemos del de Lugo, los condes de Ribadavia del de Orense y del de Santiago el de Altamira. Parecían así tener en poco el poder real, el de los concejos y hermandades, como también el de los preladados y todas estas iras desafiaban imprudentes. Que el escudo con que se defendían ya no podía salvarles de los nuevos ataques que les esperaban, puesto que a los débiles reinados de Don Juan II y Enrique IV debía suceder los de la reina Isabel, a quien la suerte había escogido para acabar con el poder feudal. Ningún otro como éste, cayó de más alto ni más pronto, ni nunca mereció perderlo como entonces. Lo mismo que la nobleza de Castilla, era la de Galicia altanera, dura y ambiciosa; lo mismo que aquella tuvo ésta su día de poder y su día de desgracia, su apogeo y su cénit. Cometa de larga y enrojecida cabellera, cruzó orgulloso el espacio y antes de desaparecer lanzó sus más vivos y siniestros resplandores sobre la tierra. La memoria de este último desastre duró largo tiempo y todavía las piedras de algunas fortalezas y la canción popular, conservan el recuerdo de aquellos días que embelleció la tradición.

Es imposible dar una idea exacta del orgullo de los nobles en esta ocasión, del espíritu belicoso de los preladados, de la miseria del pueblo, de aquella vida turbulenta y desasosegada, de aquellas guerras y banderías, de aquel diario tumulto, de aquella inquietud, de aquel estado,

en fin, en que la mísera Galicia pudo tener por buenos los anteriores tiempos y las pasadas tiranías. Tantos eran los señores, tantos los pensamientos y las ambiciones: en un sitio se levantaban para defender el poder real, en otro para ultrajarlo; aquí se aunaban para combatir contra las milicias de los concejos, allá se despartaban para combatir entre sí mismos. Ni el valor personal les daba grandeza ni lo alto de las empresas poesía. Peleaban únicamente por ambición, por "cofradería", por evitar que sus enemigos creciesen en poder, por adquirirlo para sí, por mortificar a los prelados, por deshacer el poder de los villanos, por todo menos por la justicia. Pasaban con sus huestes por las villas y lugares realengos y no pagaban los mantenimientos, atravesaban por las tierras del contrario y las talaban.

Para contrarrestarles se alzaron nuevas hermandades.

Desgraciadamente, los pueblos eran espejo en que se reflejaban los vicios de sus señores. La servidumbre les tenía envilecidos, la pobreza aniquilados: no tenían a quien volver los ojos en su desgracia; se hicieron avaros, despiadados, vengativos y como hubiesen sufrido tanto tiempo el yugo feudal, le creían congénito a la sociedad y no sabían esperar días mejores.

Tal era el cuadro que presentaba Galicia al advenimiento de Enrique IV, aquel rey pusilánime, víctima como su padre de su falta de energía y de las ambiciones de los nobles y poderosos, en odio a los cuales fomentó el espíritu popular y concedió cartas de hermandad a villanos que se encargaban gustosamente de castigar por él a los que habían convertido el suelo de Castilla en teatro de sus ambiciosas contiendas. El mal llegó hasta nosotros y tomó mayores proporciones: repetíanse aquí, como si fuesen un eco, los excesos y turbulencias de los señores castellanos y algunos nobles tomaron a su cargo acabar con los demás y engrandecerse con sus despojos. Expresión de este sentimiento fueron aquellas palabras del de Sotomayor, que aseguraba que como en Galicia quedase su casa quedaba bastante.

Tales contiendas y envidias traían en continuo desasosiego el país, no prosperaba la industria y es difícil comprender cómo vivía la agricultura. El comercio que empezaba a fiorecer se vió de repente paralizado; las naves gallegas no osaban salir de los puertos por temor a los corsarios ingleses; las naves extranjeras no gustaban de visitarnos por no sufrir los impuestos de los señores de la costa a que arribaban; los mercaderes obtenían con dineros el pequeño amparo y ayuda que

les prestaban esos mismos señores y La Coruña, Pontevedra y Bayona, que eran entonces los centros de nuestro poder marítimo, tuvieron hartos que sufrir durante tan largo y angustioso período. Para mayor desgracia, las exacciones de los poderosos eran grandes y el lujo y aparato de que se rodeaban, superior a sus riquezas. Quien se hacía preceder de pajes y trompetas, quien de timbales y tambores; no salía éste sin numeroso cortejo de escuderos y con la ronca bocina llamaba al otro a su mesa, a cuantos pasaban, para que si querían sentarse a ella!

Para contener tantos desórdenes, para poner a raya a tales nombres y a los que les servían, no menos ambiciosos y crueles que ellos, no hallaron los pueblos de Galicia otro recurso que, juntarse, formar hermandad, levantar tropas y castigar por su mano a los que tan sin piedad los dominaban. De los primeros a sufrir sus iras, fué aquel Nuño Freyre de Andrade, cuyas riquezas eran tan grandes como sus desmanes y mal corazón; diez mil plebeyos le asaltaron, lleváronle sus tesoros, doblas acuñadas en su casa por privilegio del de las Mercedes! y sólo al auxilio del arzobispo de Santiago debió su salvación.

A las mil causas desastrosas que habían traído el país al estado de anarquía en que le hallamos al empezar el siglo XV, se añadió después el inquieto carácter de los prelados compostelanos que, abandonando la sede, seguían fomentando en la corte los desórdenes y parcialidades que affigieron los reinados de Juan II y Enrique IV. Como si esto no bastase y no fuese hartos difícil contener a los compostelanos que no perdían ocasión de levantarse con el señorío de la ciudad, fué nombrado para la silla de Santiago D. Rodrigo de Luna, mozo, como le llamaba Fernán Pérez, cuyos méritos eran, a lo que parece, ser sobrino del de Luna. En años juvenil, en valor osado por la privanza de su tío y señor, suelto de costumbres, que tales eran las del tiempo en que vivían, no era el más apropiado para gobernar una iglesia cuyas riquezas codiciaban muchos. Esto fué lo que le perdió, y por eso, en vergonzosa ocasión para el de Luna, se levantaron algunos caballeros, tumultuóse el pueblo, le echaron de la ciudad y pusieron como coadjutor del arzobispado a un hermano del de Lemos, más tarde obispo de Lugo, viniendo así las rentas de la mitra a parar a casa tan poderosa. Esto era lo que deseaban. En vano llegaban excomuniones del Papa; de Trastámara no dejó lo que poseía hasta que muerto D. Rodrigo, le sucedió Don Alonso de Fonseca, prelado guerrero,

cuyo pontificado fué un largo y continuo combate. De esta manera los que debían poner paz y predicar la concordia, eran los primeros a fomentar la guerra y romper todo arreglo pacífico!

FONSECA.

El carácter belicoso del de Fonseca, la época agitada en que vino a gobernar la iglesia, sus mundanales ambiciones, los lazos harto estrechos que le ligaban al de Monterrey, dieron al arzobispo el primer puesto en aquellas guerras, e hicieron de Santiago el centro en que, puede decirse, se forjaban los rayos. Todos los poderosos de su tiempo estaban contra él, y ni siquiera pudo ganar al de Altamira, dándole por esposa aquella hermana querida, que prefirió la muerte a unirse de nuevo con su esposo. Fué su primer enemigo el mismo Enrique IV y el más encarnizado el de Sotomayor, a quien el monarca había dado orden de apoderarse de cuanto poseía la mitra. De todos supo librarse. Su actividad era grande lo mismo que su poder y fortuna, que lo sacó a salvo en tiempos tan difíciles. Repetidos fueron los encuentros entre el prelado y el de Altamira, entre el de Monterrey su íntimo aliado y el de Camiña, que ora se quitaban y derribaban unas fortalezas, ora tomaban o levantaban otras. De esta suerte, siendo continuas las quejas, crecientes los odios, dobladas las ambiciones, mayores los empeños, parecía que jamás podrían acomodarse a otra cosa que a las diarias agitaciones de vida tan sin sosiego.

En tanto la Hermandad, formada de orden de Enrique IV seguía en su obra de venganza y corriendo las tierras de tan inquietos señores, levantaba contra ellos sus vasallos, derribábales las fortalezas, hacía justicia en sus cómplices y marchaba adelante llevando el terror a los poderosos, la esperanza a los afligidos, el aliento a los débiles, la confianza a los osados y a todos la seguridad de que no podían durar mucho semejantes turbaciones.

LOS REYES CATOLICOS.

Tan ruda lección no hizo a los nobles ni más humanos ni más cuerdos, poco tardaron en renacer las pasadas contiendas y hacer imposible todo concierto entre unas gentes que así mudaban de parecer

como de alianzas. Para ponerlos a raya, vino con harta mala suerte. Don Ladrón de Guevara, con gentes de Castilla y fué entonces cuando los Reyes Católicos conocieron el carácter de nuestra nobleza y cual era su mayor azote. Para domarla, organizaron nuevas hermandades, les enviaban sus estatutos, mandan poner alcaldes, les dan sus varas como signo de autoridad y al poco tiempo llegan a Galicia un letrado y un soldado con trescientas lanzas, es decir la fuerza para dominar, la justicia para juzgar e imponer castigos. A su vista, Santiago se proclama por el Rey, juntánseles las milicias populares, aprenden los pueblos que empieza para ellos una nueva era y conocen los nobles que es ocasión de callar y obedecer siquiera en apariencia. No parecía sino que Galicia entera comprendía que asomaban para ella días más prósperos y bonacibles.

Los nuevos enviados fueron sin piedad para los nobles a quienes todos acusaban, a quienes todos abandonaban. Sin embargo de esto, no se dieron al pronto por vencidos, disimularon los unos, otros se rebelaron abiertamente y si alguna vez se mostraron grandes, fué en tan supremo momento. Retírase el de Cela a sus castillos, llama a así el de Sotomayor a los perseguidos malhechores, el de Lemos se presenta en rebelión y los demás se ocultan o hacen fuertes en cerca de sesenta fortalezas. Tiempo era de que los que no hacían otra cosa que acosar a sus vasallos, molestarse entre sí y vencer pequeñas huestes, diesen muestras de su valor combatiendo contras las tropas reales y ya que por la "Beltraneja" levantasen pendón supiesen como sus padres dar el trono de Castilla a un príncipe desterrado. Pero había llegado ya la hora de su perdición, las pasadas discordias los tenía hondamente separados y por lo mismo, sin aquella fuerza que da una poderosa colectividad, faltóles energía y no hicieron otra cosa con su resistencia que prolongar por breve tiempo su efimero y combatido poder, hacer más triste y más vergonzosa su caída. Las justicias de Mondoñedo fueron para ellos ejemplo saludable y como la actitud de los reyes no les permitía esperar piedad, fueron aquietándose, no comprendiendo tal vez que acababa ya su antiguo y omnimodo poder. Tiempo de justicia llamó a este Vasco de Aponte, tiempo de entera justicia podemos llamarle nosotros cuando ni las súplicas ni el oro del criminal, ni el llanto de la viuda, alcanzaron a apartar de su cabeza el merecido castigo. Así respiró Galicia, así empezó para ella el reinado de la paz, así, en fin, se dió principio a una nueva era de felicidad, que

las pasadas desgracias no permitieron diese entre nosotros sus verdaderos y sazonados frutos.

Como cuando pasada la tempestad se serena el cielo, brilla el sol esplendente, sacuden los árboles sus ramas cargadas de lluvia, abren las flores su cáliz, las auras y las corrientes gimen amorosas y el hombre y la naturaleza parecen revivir y bañarse anhelantes en un océano de luz y de frescura, así Galicia, así España, tras dos reinados azarosos, apareció dotada de nueva vida, de una juventud poderosa que la preparó para las grandes victorias, para las espléndidas dominaciones, para los prodigiosos descubrimientos, para las grandes riquezas de que fué dueña durante los últimos y afortunados días de los Reyes Católicos. Europa entera debió asombrarse de una nación que entregada ayer a todos los horrores de la anarquía, se mostraba de repente, ávida de saber, deseosa de gloria, rica en el interior, poderosa fuera, anunciando que aquella raza enérgica y batalladora, dueña al fin de la tierra de sus mayores iba a poner su espada vencedora en la balanza en que se pesaban los destinos de los pueblos.

Unida Galicia al resto de la península, libre de la tiranía que la agobiaba, abriéndose ante sus ojos un espléndido horizonte, vióse desde luego acometida de aquella fiebre de actividad propia de la juventud, actividad que se apodera de todas las sociedades a quienes, después de una larga y penosa opresión y rotas ya sus ligaduras, se les permite andar, moverse, ser dueños de sí mismos. Dióse entonces en nuestro país el espectáculo de un pueblo que, acostumbrado a una triste servidumbre, se siente en el pleno uso de sus derechos, por tan largo tiempo conculcados y desconocidos. Dotado el reino gallego de una viril energía, entra de lleno en el uso de la vida y ciencias, artes, literatura, comercio, poder, en fin y riqueza, todo lo tuvo en breves momentos^o apenas salido de los crueles disturbios por que acabamos de pasar.

SIGLO XVI.

Con pocas palabras se pinta la suerte de nuestro país a principios del siglo XVI: basta decir que el arte, la poesía, la ciencia, el comercio, se levantó de la tumba en que parecía dormir para siempre. El cuadro de sus glorias, en aquellos días, es grande, el de su felicidad mucho mayor. Con la justicia vino a nuestro país la seguridad, con

ésta el trabajo y la riqueza, con la riqueza toda clase de prosperidades. Si en Italia es igual un Hernando de Andrade al gran Gonzalo de Córdoba, si en la corte de Castilla brilla un Diego de Muros, y si nuestras naves cruzan orgullosas los mares ingleses, aquí un Alonso de Fonseca echa los principios de su colegio, fecundo en egregios varones y un conde de Monterrey trae a Galicia la imprenta y nos hace conocer tan maravilloso invento. Pontevedra, Bayona y la Coruña ven crecer su población, activarse el comercio y la pesca, su más abundante fuente de riqueza. Ribadavia lleva sus vinos a Inglaterra, los pueblos de la costa sus agrios, el centro sus carnes y ganados, el país todos los productos de un terreno tan feraz como desconocido. Sin que hubiese recuerdo de ello, se adivinaria ese gran movimiento comercial, conociendo el empeño con que los gremios de mareantes pidieron nuevos privilegios y seguridades, que nadie demanda cuando la pobreza los hace inútiles. Van los mercaderes de la Coruña a la célebre junta de Burgos, en que lograron para sus causas jueces peritos y acuden después con los productos gallegos a aquella gran feria de Medina del Campo, centro de contratación para todos los asociados, emporio de riqueza y asombro de las naciones.

Sin embargo, en medio de tantas prosperidades, el ojo inteligente puede percibir ya el mal que corroía a nuestro país y que presentándose después con todo su cortejo de desgracias, fué la causa de nuestro decaimiento y postración. La Galicia del tercer Felipe, no era ya la de los primeros tiempos de Carlos I. Cien años habían bastado para hacerla de muerte y todo porque siendo un país eminentemente agrícola, no sólo se descuidó la agricultura sino que se la maniató, se la abrumó de cargas y se perpetuaron las condiciones feudales con que venía constituida la propiedad. Como a generoso caballo se la espoleó sin piedad, hasta que cayó en tierra para no levantarse. Los Reyes Católicos que habían vencido a la nobleza no quisieron irritarla y dejaron en esto sancionar tristes y devastadores principios. Sobre el pobre campesino cayeron, no sólo los impuestos y el diezmo, sino también las cargas señoriales y las que pesaban sobre la propiedad. Hasta entonces y después de la constitución de los foros, podía decirse de ella que llevaba en sí misma cierto saludable principio de libertad para el futuro, pues ya hemos dicho que canon foral más parecía impuesto que renta de la tierra y tal era en realidad. Mas como a principios del siglo XVI, demándanse los campesinos a sus señores los títulos de perten-

cia, como su razón les hacía comprender fácilmente que no debían, ni podían confundirse dos operaciones tan distintas en su origen y esencia, como lo eran el dominio del señor y el dominio del propietario, trataron de sacar incólumes sus derechos a la posesión de la tierra que habían hecho fructífera con su trabajo. Pasó entonces una cosa sin nombre. La justicia ateniéndose a la falsa letra de los contratos, no teniendo en cuenta las condiciones y costumbres de los tiempos en que habían sido hechos, declara caducados multitud de foros, los devuelve a los dueños del dominio directo y éstos despojan a los míseros labradores o les imponen un canon crecido que hace imposible después todo cultivo en Galicia.

SIGLO XVII.

Galicia fué de las primeras provincias en que aparecieron inequívocas señales de nuestra decadencia. Era justo. Estaba abandonada de los suyos y en vano Felipe II que la conocía, la miraba con cariñosa solicitud, el mal era grande y no había en aquellos tiempos humano remedio para él.

Sin caminos, sin industria, sin vida alguna, arrastró Galicia los últimos años del siglo XVII, entre las angustias de su horrible presente y los temores de un oscuro porvenir. La casa de Austria que había recogido la gloriosa y rica herencia de los Reyes Católicos, no dejó otra cosa que un páramo desierto, una población de mendigos, una nación que no fué repartida como Polonia, porque el vecino ambicioso halló medio seguro de adquirirla entera, poner en su trono un príncipe francés y uncirla de este modo al carro victorioso de la Francia.

Tal fué la vida política y social de Galicia durante los siglos XVI y XVII, tales las principales causas de su postración y decadencia, mas si ha de comprender bien tan largo y al mismo tiempo glorioso y triste período, necesario es volver a la vida y traer a la memoria de los hombres cuanto de noble, de inspirado y grandioso encerraron en sí aquellos dos siglos, en los cuales el nombre español llenó el mundo, lo mismo que sus victoriosos estandartes. A su sombra se cobijaron los tercios gallegos y vencieron nuestros capitanes y nuestras naves surcaron los mares desconocidos en busca de nuevas tierras.

Un Alonso Fernández de Lugo abre con la atrevida conquista de las Canarias el cuadro grandioso de nuestras glorias militares, en que

do comercio y dió alguna vida aunque breve y pasajera, a lo que era ya como frío cadáver. Los hijos de este antiguo reino alcanzan los primeros puestos en la iglesia, en el estado y en la magistratura. Sotomayor es nombrado inquisidor mayor, Pazos presidente del Consejo; el de Moscoso, arzobispo de Toledo; Gondomar, embajador en Inglaterra, Andrés de Prada, Secretario de Estado. Pero ellos pasaron y poco tiempo después ya nadie se acordaba de Galicia más que para ultrajarla, contrariando su empeño de conseguir voto en cortes, cuando ya éstas ni nada eran, ni nada significaban. ¡Qué pintura más triste de la suerte de este reino que la que hace su activo procurador! ¡con qué elocuentes palabras se queja del apartamiento en que se tenía a sus hijos! ¡Qué recuerdo más significativo aquel, en que advierte, que en más de treinta años, no se había dado obispado alguno ni una plaza de oidor a ningún hijo de Galicia! Y que, ¿acaso habían perdido éstos ya, aquel buen sentido práctico que les hace tan aptos para ocupar tales cargos? ¿acaso se habían tornado infecundos nuestros mejores ingenios? No, ciertamente. Juristas como Salgado y Caldas Pereira llenaban el vacío que había dejado Juan García y teólogos como Lemos, orgullo de los dominicos, recordaban a los de Pedro Castro y cardenal Sarmiento. Es verdad que ya había enmudecido la voz de Bermúdez, el canto de "Nise lastimosa" y que la historia no hallaba tan fieles y elocuentes intérpretes como Castellá, pero en cambio brillaba en Valladolid el gran escultor Hernández, rival de Cano y cuyas obras recordaban al de los artistas griegos por la dulzura y serenidad de sus imágenes y el arquitecto Andrade podía proclamarse rival de Juan de Herrera: tan hermosa es aquella torre de que se envanece la catedral compostelana y se debe a su ingenio.

Mas nada era ya capaz de levantar a Galicia del estado de abatimiento a que había llegado. Nada pesaba en los destinos de una nación que se veía devorar por el mismo mal a que sucumbía nuestro país. La despoblación era aquí mayor que en parte alguna, la miseria doblada, el orgullo nobiliario causa de grandes males, el extraordinario número de casas religiosas objeto de serias reflexiones, la agricultura y el comercio abandonados, el despojo exterminador, como lo llamó un caritativo prelado, más cruel que nunca. Tal cortejo de desgracias, tal estado de miseria como la que experimentó Galicia a fines del siglo XVII no era a propósito para que brillasen sus hijos.

Con la muerte de Carlos II terminó la casa de Austria su gobierno en España.

INSTAURACION DE LOS BORBONES.—GALICIA EN LOS TIEMPOS DE FELIPE V.

El cuadro que presentaba entonces España era tristísimo y la guerra vino a completarlo. Afortunadamente para Galicia, no se le pidieron más que dinero y gentes, que aunque era sobrado, como no tuvo que sufrir en su casa el azote de la guerra, podía darse por satisfecha. Una vez por Felipe V, fuéle fiel como Castilla, juró defenderle hasta el último trance, levantó sus tropas, los estudiantes compostelanos corrieron a defender nuestras costas cuando fueron amagadas y Galicia se vió ofrecida a Portugal por los contrarios para el día en que el austriaco ocupase el trono español. No quiso esto la suerte y unidos quedamos a la gran monarquía, cuyo bienestar intentaron consolidar los primeros Borbones. Es preciso confesar que la nueva dinastía trajo consigo el instinto de verdadero gobierno, desconocido de los austriacos, si se exceptúa a Felipe II, cuyas grandes dotes malogró con su exceso de dureza y con el impertinente afán de que todo pasase por sus manos. Con ese instinto de gobierno trajeron asimismo los Borbones la idea de la centralización, que tan útil fué en aquel entonces para dar vida y aliento a la decaída monarquía. Hasta entonces habían gozado las provincias de una autonomía que pudiéramos llamar salvadora, si la vida política no estuviese en ellas en manos de pequeños aristócratas, tan ásperos y orgullosos y tan ávidos de enriquecer, como la grandeza. Lejos de apagar su influjo dejéseles cobrar vida y ser los únicos a entender en la cosa pública, a la cual llevaban todas las preocupaciones de la clase a que pertenecían, sujetándola al victorioso carro de sus intereses.

Es evidente que con el advenimiento de la casa de Borbón, España se levantó del estado de postración y decaimiento en que se hallaba, que es propiedad de toda nueva dinastía traer al poder una energía y actividad, que se echa siempre de menos en las que desaparecen. La vida que arrastraba la nación era amarga, pero Galicia sufría más que nadie.

Con Fernando VI amanecieron mejores días para Galicia. Siguiéron Carlos III y Carlos IV: así fué que a los postreros años de este último monarca pudo decirse con toda certidumbre que había visto duplicar durante aquel siglo, su población, su cultivo y su riqueza. ¿Qué causas contribuyeron a ello? Fácil es enumerarlas, pero fué la mayor

el empeño que puso el gobierno en fomentar la agricultura y el comercio.

CARLOS III Y LA CUESTION FORAL.

Pero Carlos III tiene para Galicia una gloria que jamás podrá negársele; la de haber resuelto la cuestión de los foros con un criterio más justo y caritativo que el que hasta entonces se usaba para juzgar causa tan trascendental. Aquella atrevida disposición, por la cual se prohibió la iniquidad de los despojos, fué salvadora. Levantó a Galicia de su postración. La libró de caer en el hondo abismo que volvía a abrirse a sus pies, con un empeño insensato. Fué así Carlos III su amparo y salvaguardia, hizo por ella lo que ninguno de sus hijos y si no alcanzó a lo que deseaban los hombres de buen corazón, si salvando a los labradores los dejó sin embargo presos en las redes de aquél contrato feudal, no se le culpe a él, sino a su tiempo.

A esta medida salvadora debieron los campesinos la semi-propiedad que permitía el foro fué como u rayo de sol que vivificó una tierra estéril. Con ella tomó la agricultura aquel vuelo que la vimos alcanzar a últimos del pasado siglo. Sin ella, de nada hubieran servido, ni los consejos de las Sociedades Económicas ni los cuidados del gobierno, ni los esfuerzos de cuantos se interesaban por la suerte de Galicia.

Necesitáronse las desgracias de los últimos años de Carlos IV y las devastaciones de la guerra de la Independencia para traerlo al estado a que había llegado en el primer tercio de este siglo. Para Galicia fué aquel el suceso más grande, más trascendental, más fecundo que tuvo lugar desde que el siervo de la gleba sacudió el yugo penoso de la adscripción. A nuestro siglo toca completar semejante reforma, devolver a la propiedad la libertad que le falta y echar así los cimientos de nuestra riqueza, de nuestra felicidad, de nuestra regeneración.

EL PADRE FEIJOO.

Es gloria de Galicia que la primera voz verdaderamente elocuente que se oyó en España en aquel siglo, fuese la de uno de sus hijos. El más grande de cuantos produjo su suelo, tal vez el de más fortuna, pues estaba adornado de las virtudes, de la entereza y el saber necesario para su tiempo y para la obra que se propuso. Todos compren-

derán que hablamos de Feijóo. Los vastos conocimientos que poseía, la penetrante mirada, la claridad de su raciocinio, la viveza de la expresión, junto con la pureza de su alma, el desapego de todas las grandezas y el inmenso amor del prójimo y de la verdad que le distinguía, le dieron aquel influjo — desconocido hasta entonces, desconocido después — que ejerció sobre su siglo. Ninguno fué más querido, ni más admirado, y se comprende, que pues hablaba en nombre de la razón, se le creyese y se le amase como a la razón misma. Devolvió al habla castellana, sino la antigua pureza y gallardía, al menos la claridad y sencillez de que la habían despojado; despertó el amor al estudio, fué como adalid valeroso a quien ningún peligro acobardó, ningún obstáculo detuvo ni jamás le lograron vencido. Como si él no fuese bastante para nuestra gloria, crióse a su lado Sarmiento, monje también, amante del pobre, amante de la verdad, hombre sencillo, claro espíritu, vasta inteligencia. Floreció asimismo el canónigo Don Juan Francisco de Castro, uno de los primeros filósofos y jurisconsultos españoles de aquella edad. Vivieron Castro, el gran artista a quien un siglo positivo debió la restauración de la escultura y Casas y Novoa, el arquitecto de más genio que conoció Galicia en la pasada centuria.

Tocó entonces a Galicia mostrarse ufana de los talentos de sus hijos. Un Figueroa primero, un Acuña y un Varela después, probaron que no se habían perdido entre nosotros los instintos de gobierno: un Langara y un Mourelle, criado en tormentosa y desierta ribera, hicieron ver que todavía Galicia era fecunda madre de atrevidos marinos y de incansables descubridores. Recorría las ignoradas orillas del Plata un Quiroga, amigo de la naturaleza, mientras en su patria el gran Sarmiento echaba con sus trabajos los principios de nuestra flora. Ese mismo infatigable monje, Cornide, Rodríguez Sobreira, Riobóo, vienen cada uno por su parte a aumentar el caudal de los conocimientos históricos. Son leídos los códices, las escrituras, las lápidas, descubiertas las vías romanas, estudiadas nuestras antigüedades, conocido en fin, algo de nuestro obscuro pasado.

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

Bonaparte pensó en España, la creyó muerta y valiéndose de una alianza llena traidoramente nuestro suelo de soldados y tratándonos como esclavos, nos da por rey a un hombre de su raza.

El despertar de España, semejante al del león preso en mal seguras redes conmovió la Europa atónita y el flaco reino, cuyas grandes hazañas se habían olvidado, renovó las pasadas glorias, las antiguas indomables resistencias. Al grito de Madrid responden los cuatro ángulos del reino, cunde rápida la alarma, estalla, según la feliz expresión del poeta, el volcán de las iras nacionales y vuelan todos al combate, en que se habían jurado vencer o morir. Galicia fué de los primeros a armarse para defender su independencia.

Galicia guarda de estos tiempos los más santos recuerdos. En sus campos, en sus montañas, en el valle risueño, oíreis contar al anciano los cien hechos de la desconocida y sublime epopeya en que ha tomado parte como guerrero y hoy cuenta al amor de la lumbre. Altos muros de la Coruña, campos de Santiago, frescas colinas y orillas del San Payo, Vigo desde entonces invicta! ¿cómo se olvidará vuestro nombre cuando se recuerde la gran guerra? De lo alto de las montañas, de las apartadas playas, de las fértiles y pintorescas llanuras, descendían a cada momento los hijos de estas comarcas a llenar con sus cuerpos los batallones diezmados por la metralla francesa. Otros campos y otros lugares fueron testigos de su valor, otros campos y otros lugares regaron con su sangre generosa. Rioseco vió su cruento sacrificio: la flor de nuestros guerreros, el esforzado caudillo, perecieron en aquellas llanuras blanquecinas; las madres gimieron y Galicia afligida volvió a dar de nuevo sus hijos para aquellas legiones que debían alcanzar la gloriosa victoria de S. Marcial!

RESUMEN Y ENSEÑANZA DE NUESTRA HISTORIA

He aquí a grandes rasgos lo que fué Galicia, he aquí lo que hicieron nuestros antepasados. Sus errores y sus aciertos, sus iniquidades y sus actos de justicia nos han traído al estado en que nos hallamos. Un misterioso eslabonamiento que hace los sucesos de hoy dependientes de los de ayer, se deja ver al través de las tinieblas que cubren nuestra historia, viniendo a probarnos que pocas faltas son del tiempo en que se cometen, sino que vienen de atrás como resultado de causas aparentes u ocultas, pero siempre lejanas y poderosas. De los días de prosperidad nacen los aciagos, de los de poder, los de ruina y decadencia.

Galicia cuya historia, como la de todos los pueblos europeos, es de ayer, puede decirse con entera verdad, que su vida fué más interna que externa, que no se dejó conquistar ni dominar, pero que tampoco fué conquistadora y dominadora. El rasgo peculiar de su carácter es la resistencia: por eso no tuvo nunca influencia alguna sobre los demás pueblos de la península.

La vida política de nuestro país fué desgraciada: la falta de unidad le privó en los siglos medios de la felicidad de una monarquía propia y continuada, que le daría, sin duda alguna, el carácter de nacionalidad que le falta y no se borraría fácilmente el amor a la colectividad, que lleva en sí mismo el de la tierra natal y el de todas sus cosas. Hubiéramos así seguido otro camino, y tenido arte, literatura, ciencia peculiar nuestra, puesto que el sentimiento de la raza que puebla estas regiones es diverso del de las comarcas que nos rodean. Los sucesos más notables de su historia son casualmente los que se refieren a la vida íntima y casi exclusiva que llevó durante siglos y lleva todavía el pueblo gallego. Viviendo como acampado sobre el fértil territorio de estas provincias, el lazo más poderoso que le liga a la tierra natal y encierra su gran problema, es el de la propiedad. Formarle esa propiedad, hacer que su trabajo fuese recompensado, costó largos años de estériles luchas y todavía esperan nuestros labradores el día no lejano de su completa emancipación.

El amor a la tierra es instintivo en nuestro pueblo, pero el deseo de su posesión lo es más todavía, pues le ofrece la seguridad de vivir y morir en donde vivieron y murieron sus padres. Hay algo de sagrado en este instinto, hay todo lo que toca al hombre en las más íntimas y profundas afecciones de su alma. Son todavía nuestros campesinos hijos de aquellos que amaban la dura roca y la fuente cristalina, mirándolas como divinidades propicias: por eso han hecho casi una religión del amor a la tierra en que han nacido.

Situado a una extremidad de Europa, separado de los pueblos hermanos por cadenas de montañas, con idioma propio, este antiguo reino tiene todas las condiciones que se necesitan para formar una completa nacionalidad. En cambio se ve obligado a permanecer estacionario: ninguna otra nación llama a sus puertas y le despierta, viéndose dividido del resto del mundo por las inmensas llanuras de Castilla. Este aislamiento, el sistema de su población, el olvido en que ha vivido, hizo de Galicia un pueblo indiferente a todo, menos a los en-

cantos de la naturaleza que le rodea. Vióse así privada de iniciativa, adquirió un carácter pasivo y no hizo durante el largo período de su historia otra cosa que desear el bien, pero no proponerse conseguirlo por los propios esfuerzos. Su resultado inmediato fué el de que así como la colectividad careció de energía e iniciativa, así el individuo creyó inútiles los esfuerzos aislados y se contentó con deplorar los males que afligían a la patria.

Componiéndose la mayor parte de nuestra población de campesinos, no se comprende el descuido con que se miró siempre su suerte, pues equivalía a descuidar la suerte de Galicia. Así fué y en vano es ahora lamentarnos. Leamos en el pasado y tratemos, con ánimo esforzado, de evitar los nuevos males que nos cercan, que no es nuestra época la que en menor número los ha creado. Afortunadamente los fuegos del saber son hoy grandes y cada día nuevas y poderosas inteligencias vienen a reemplazar a las que se retiran desalentadas. Afortunadamente también ellas traen la esperanza del triunfo. Creemos que amanecen para nuestra patria días de verdadera felicidad y poderío. Creemos que sólo en dos épocas de su historia se vió en momentos más solemnes que el presente para el porvenir de las razas que pueblan estas comarcas y no podemos imaginarnos que, pues hoy tenemos una más clara idea de la justicia, vayamos a perder a nuestra patria y a perdernos como en el siglo XV lo hicieron nuestros antepasados. No olvidemos jamás, que de mirar con ojo indiferente la condición de los campesinos, ha venido nuestra presente desgracia y malestar. Tengamos en cuenta que la población de Galicia vive en el campo y de lo que produce; que en él tiene su porvenir. Sepamos de una vez mirar por nuestros hermanos del trabajo y echando los fuertes y seguros fundamentos de su prosperidad habremos hecho por el país lo único que puede salvarle de los males que han engendrado en él, la indiferencia y el aislamiento.

FIN DE LA HISTORIA DE GALICIA

Descripción y elogio de Galicia

Por cualquiera de los viejos caminos que dan al viajero entrada en Galicia, encuentra éste bien pronto y como si se dijese de improviso, todos los elementos constitutivos del paisaje gallego: montes y colinas, valles y encañadas, árboles y fuentes, llanadas fructíferas, apacibles soledades y azuladas y misteriosas lejanías. Sólo se echa de menos el mar cuyas olas brillan allá abajo, a lo largo de la dilatada costa que ciñe y limita el dilatado reino. Los frescos desfiladeros de Valcarcel — llenos de recuerdos y poblados de ficciones — abiertos en el flanco de abruptas y altas montañas, se ven cubiertos a poco que se descienda por la carretera — de álamos cuyas hojas según la estación, así entonan el cuadro siempre grato a nuestros ojos y a nuestro corazón, — de castaños y nogales cuyo verde intenso da aquellos tonos fuertes y enteros tan amados del paisajista. Ruedan las aguas, no se deslizan; óyese el rumor del torrente, no el grato murmullo de las corrientes apacibles.

Ahora que la vía férrea penetra en el país por otros distintos lugares, el espectáculo es diverso. El sol o las lluvias nos dan, según la hora y la ocasión, el verdadero aspecto del suelo. Diríase que entra aquí con la locomotora, algo de las desolaciones de Castilla y que le salen al encuentro los campos siempre verdes y los cielos risueños de Galicia. Cita misteriosa en la cual se dan su beso de paz los viejos enemigos! El Sil, que trae el agua según dice el antiguo adagio, viene turbio como los ríos que cruzan las vastas llanuras centrales de España; no transparente al modo de los que surcan y fecundan los campos gallegos. El cielo y la tierra tienen el vigor y el colorido que les presta esa hermosísima comarca berciana, en la cual, hombres, plantaciones, costumbres y lenguaje, a voces dicen que son nuestros hermanos. Encuéntranse a su paso, las agrestes y sombrías encañadas y de cuando en cuando, el prado limpio, verde sonriente, cuajado de margaritas y ranúnculos como el cielo de estrellas, se extiende al

pie de una pequeña colina a la cual el granito, azotado por todos los vientos y las lluvias todas, da su obscuro color y su simbólica dureza. Domina ya el roble que puebla las alturas inaccesibles. Aquí y allí, las casas agrupadas constituyen el pequeño burgo y nos dicen claramente que todavía no hemos penetrado en Galicia, país en donde cada uno vive su casa y la rodea de su campo. El Sil va por entre rocas desoladas abriéndose paso hasta penetrar bajo la bóveda de Montefurado: bien pronto la llanura se muestra a la vista, extiéndose dilatada, amplia y poblada de árboles, surcada ya por los pequeños riachuelos, circundada como en ancho anfiteatro, por las montañas que la limitan a lo lejos.

Cuando se penetra en nuestro país, por Portugal, la hermosura de los paisajes no permite pensar en cosa alguna. Pero antes de vadear el Miño, por los encantados lugares en que sus aguas pertenecen a dos reinos distintos, es imposible escapar a las diversas reflexiones que surgen en nuestra alma. Cielo y tierra dicen a una voz que los que allí viven son nuestros hermanos; que la bandera blanca y azul de los Braganza, cubre a pueblos que son de sangre gallega. Su lengua es tan nuestra como sus mares. Nuestras montañas salvan todo límite y con sus brazo de granito unen, como en otros tiempos, a los que tienen un mismo origen y una misma historia.

Al que entra en nuestro país por tan encantados lugares, le es imposible negar que pocos paisajes pueden compararse con los que se presentan entonces a sus ojos. De un lado la ribera portuguesa cubierta de frondosa vegetación y sobre la pequeña colina la muralla Valença. Del otro Tuy, que desde la altura extiende sus calles en declive a lo largo de las laderas, entre huertas y jardines, como quien va buscando las aguas y las sombras de su río bien amado. Al que haya gozado de las agrestes y solitarias encañadas de Piedrafita y Nogales, encantadas Tebaidas en donde se pierden y apagan los ruidos del mundo, la vista de Tuy y sus poéticos alrededores le sorprende y maravilla, presentándose a su vista como habitada por los dioses. La fábula, que hace detener allí al hijo de Diomedes, no es más sonriente que aquel cielo y aquella tierra hermosísima. La adelfa, que crece apenas en los desolados cauces de que es único adorno, tórnase aquí en árbol también; el naranjo, cubierto de frutos dorados, alcanza la altura de los castaños que crecen en torno suyo. El día en que estas comarcas sean más frecuentadas, Tuy será una estación privilegiada.

Cuando los vapores remonten el río y rompan aquellas aguas apacibles y como dormidas, se verá que no hay nada más hermoso que aquellas corrientes y sus frondosas orillas. Desde Tuy a Salvatierra, cerca de nueve leguas, el paisaje es de los que dejan grabado en el alma y para siempre su imperecedero recuerdo. Séanle, si se quiere, superiores las orillas del Rhin, por los castillos que las pueblan y las leyendas que las poetizan; las del Miño brillarán en estos lugares por la inmortal belleza de que están llenas. Los ya acostumbrados a la hermosura sin límites de los campos gallegos, no pasamos por estos lugares encantados, sin admiración y asombro. Es imposible que en parte alguna de la tierra se encuentre nada más apacible, más fresco, más lleno de claridad. Lo tibio del aire, lo suave de los matices, lo blando de los rumores, la luz, las hojas, los cielos, la sosegada corriente, todo encanta y embelesa. ¡Oh, dulcísimas soledades, eternamente jóvenes y hermosas, digno límite de este país gallego, tan pródigo en semejantes espectáculos, si habéis sorprendido un corazón habituado a vuestra belleza, que no sucederá, decidnos, a los que acostumbrados a las austeridades y a la gravedad de la estepa, lejos de las cosas risueñas, cruzan por primera vez estos caminos y contemplan estas riberas cubiertas de hojas y de verdura, pobladas de rumores, que semejantes a las antiguas melodías, dejan en nuestro corazón sus monótonos indiscifrables encantos!

No es el placer de proclamar la hermosura de nuestros campos a los que no los visitaron, ni por ensalzar la patria que uno ama, por lo que la describimos: es sí, para que conociéndosela, se conozca asimismo mejor su historia, su arte, la vida interior del pueblo que en ella se asienta. Ella hace que el hijo de Galicia sea feliz aquí, en un perpetuo contacto con la naturaleza; que la soledad le sea grata y le acostumbre a la meditación y haga más fácil todo impulso afectivo. Ved sino, cómo en la esfera del arte, predomina entre nosotros el sentimiento, cómo en el campo de la ciencia brillan soberanas las grandes facultades reflexivas con que el cielo ha dotado a sus hijos. La imaginación no reina entre nosotros como la única creadora: no brotan las ideas de la impresión del momento, ni como las mariposas, vuelan sobre las cosas insustanciales. La inspiración no viene del exterior, sino de lo íntimo de nuestro ser; toma vida en la continua y diaria exaltación del propio sentimiento. Siendo en sus resultados una y casi la misma que la de los pueblos meridionales, es diversa por su origen no-

2.000

-61

-62

-63

- 64 -

bilísimo y porque no despliega sus alas de oro como no sea para embellecer lo que está en nosotros mismos y es ya hermoso de por sí.

No es loco amor a Galicia y sus gentes el que nos hace prever y asegurar que sus nuevos destinos han de ser tan brillantes como desconocidos sus comienzos. En las artes plásticas, en la poesía, en la especulación, en las ciencias experimentales, han de poner bien pronto sus hijos algo de las grandes facultades creadoras que les distinguen Bajo este cielo cambiante y hermoso, las ciencias todas extenderán grandemente sus dominios. De estas soledades, siempre gratas a nuestro corazón, saldrán los inspirados acentos, aquellos que, rejuveneciendo la vieja poesía en las ondas siempre puras del sentimiento y de los dulces y misteriosos sueños, tienen que ser la verdadera expresión de la Musa moderna. Empezarán a ser contados de nuevo los hijos de un país que se le cree infecundo porque calla y soporta y volverán a llenar las filas de que al parecer han desertado.

Esto tendrán para Galicia los tiempos y mudanzas actuales, arrancando a su población de la inacción en que vive y al dolor que la ha humillado. Será, a poco que lo intente, una provincia directriz. Tuvo ya su Gólgota, tendrá también su Tabor y desde él se presentará transfigurada a los ojos de los que la desconocieron o negaron.

(*"Galicia"*, por Don Manuel Murguía).

